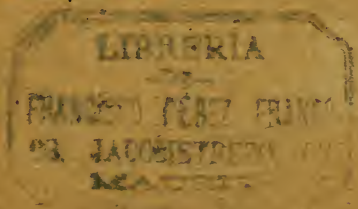
8187

J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

# EL PANTANO

DRAMA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL




Copyright, by J. López Pinillos, 1913

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1913

A Julita Delgado Caro su admirador y amigo

Parmeno

# EL PANTANO

250893

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# EL PANTANO

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 16 de Mayo de 1913

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
*Teléfono número 551*

1913

A José Tallaví,

*Parmeno.*

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| DOÑA CARMEN, 50 años | Srta. Delgado. |
| MARÍA PEPA, 25 íd. | Abrines. |
| ROSARILLO, 25 íd. | Esteban. |
| JACINTA | Montoya. |
| ENCARNACIÓN | De la Mata. |
| DOS VIEJAS HERMANAS DE LA CARIDAD | Sra. Pastor. |
| | Srta. Vigo. |
| JUAN, 33 años | Sr. Tallaví. |
| ENRIQUE, 28 íd. | Fuentes. |
| ARCADIO, 26 íd. | Merino. |
| DON ALEJANDRO, 60 íd. | Navarro. |
| ÁNGEL, 45 íd. | Cabré. |
| DON SEBASTIÁN, 68 íd. | Sala. |
| DON JUAN, 54 íd. | Peña. |
| PERIQUET, 40 íd. | Abad. |
| UN MUCHACHO | Niño Sala. |
| UN PESCADERO | Sr. Navas. |

La acción, en un pueblo del mediodía de España, en Septiembre

# ACTO PRIMERO

Comedor en casa de doña Carmen. Es una habitación amplia y alegre. La invade el sol por cuatro puertas de dos hojas, que á través de sus cristales permiten ver casi todo el patio. En primer término, una puerta á la derecha y otra á la izquierda. Entre esta y el foro una máquina de coser y un vetusto reloj de caja resplandeciente. A la derecha, un aparador antiguo cargado de cristalería y loza, y en el rincón, un veladorcito que sostiene un monumental quinqué de bronce y dos alcarrazas con tapaderas de paja trenzada. En las paredes cromos baratos y reproducciones de Lengo. Los muebles son modestísimos. Hay sillas de Vitoria, mecedoras de lona y un sillón frailuno con el asiento de piel de morueco. Frente al aparador en el centro de la sala, una mesa. Sobre la máquina, una canastilla de costura. En ménsulas de barro bermejo, macetas con flores atrificiales.

El patio es pequeño. Junto á las paredes, en anchos arriatales, crecen rosales y jazmines. En el centro se levanta un enorme laurel, cuya copa sirve de toldo sombrío. Hay dos puertas. Una á la izquierda, grande, comunica con el interior de la casa; la otra, á la derecha, pequeñita, da al jardín.

—

(Sentados á la mesa estan DOÑA CARMEN, MARIA PEPA, JUAN, ENRIQUE, ARCADIO y DON ALEJANDRO. Todos han terminado de comer, menos Enrique. La criada retira la vajilla sucia y pone tazas que va cogiendo del aparador.

Doña Carmen es una mujer todavía lozana y bella. Sus cincuenta años, frescos y rozagantes, apenas si han dejado al pasar sobre la endrina de la cabellera algu-

nos hilos de plata. Viste con sencillez no exenta de coquetería.

María Pepa, espigada, pelirrubia, es una señorita aldeana de cortos alcances que mira con timidez, trabaja en silencio, reza y se aburre sin saber que se aburre.

Rosarillo es gordita, bajita, carirredonda, de movimientos ágiles y ojos parleros é inverecundos.

Juan parece hermano de su madre. Tiene el rostro mustio y la frente severa. En la palabra y en el gesto revela un cansancio incipiente. Viste con elegancia.

Enrique es un hombre endeblucho y pálido, con el cabello de un intenso negror, el verbo duro y la mirada cobarde. Usa traje de pana gris remendado y sucio, y tócase con una gorra azul. Es cojo.

Arcadio, rubio, alto, desvaido, es un gansarón insignificante que tiene una gran idea de sus méritos.

Don Alejandro, es un magnífico gorrino, orgulloso de su cogullada, su tripa y su pestorejo. Tiene un bigotillo tricolor: blanco, gris y jalde; y una cabellera tan aborrascada y frondosa, que, cuando enarca las cejaa, déjale sin frente.)

ROS. (A doña Carmen mostrándole una taza japonesa.) ¿Ande la pongo?

CAR. ¿No lo sabes?

ALEJ. No, no. Al señorito Juan.

CAR Qué tontería. ¡Si es la tuya! ¿Cumplidos con ese?

JUAN Pero...

CAR. Que es la taza de Alejandro. Está acostumbrado...

ALEJ. Eso sí, caramba. En otro cachirulo no me sabe bien el café. Yo soy ordenado en todo.

JUAN Entonces... Supongo que no irás á tratarme con etiqueta.

ALEJ. ¡Hombre, tendría que ver, después de los cachetes que te he dado! (Ríe á carcajadas.) Por que tú has sido el demonio, Juan. Sino que el tiempo modifica, amigo.

CAR Genio y figura ..

ALEJ. No, no es verdad. Se varía. Y este ha variado. (A María Pepa.) ¿Cómo le encuentras tú, ratilla? ¿Mejor mozo?

M. PEPA (Ruborizándose.) Papá...

ENR. ¡Se pone colorada la tonta! ¡Oh, oh, oh! (Ríe, golpeando la taza con la cucharilla.)

JUAN (Reconviniéndole con dulzura.) Enrique, Enrique...

ENR. Es una mata de habas.

ROS. (A Juan.) ¿Leche?

JUAN Solo.

(Le sirve Rosarillo café.)

ALEJ. ¿Qué te ha parecido la obra? Gana la finca con el jardín ¿verdad?

JUAN Sí. ¡Claro!

ALEJ. Y mi casa. Como que atravieso por aquí y me ahorro tres calles. Figúrate si es ventaja para el invierno.

CAR Y nosotras... con la comunicación... Ahora nunca me aburro. Siempre está María Pepa conmigo. (A María Pepa.) Como si viviéramos juntitas, ¿eh?

ALEJ. Esta, para Carmen, ya es una hija más.

ENR. (Con júbilo irracional.) ¡Otra vez, otra vez colorada!

ARC (Riendo.) ¡Criatura, por Dios!...

M. PEPA Como que ese, es... ¡Ay, qué plomo! (A Juan.) ¿No tomas manteca?

JUAN (Después de probar el café.) No; ni café. Imposible. No me acostumbro á este bebedizo.

ARC ¡Naturalmente! Una vida de duque... «restoranes» por todo lo alto... fondas... Pero mamá sabe lo que se hace, Juan, y sabe lo que se pesca, y... tú la irás conociendo.

JUAN Chico, la conozco bien; créeme.

CAR. Sí, y me criticas. Mira á tus hermanos, y aprende á ser humilde. Estos pobres, gracias á que no han volado ..

ENR. Ni ganas.

JUAN Pero, madre, si eres terrible. (Con gracejo.) No es el café; es todo. Aquí no se come. Un huevo con patatas, unas piltrafillas de macho y almuerzo concluido.

(Rosarillo se ríe.)

CAR ¡Rosario! (Una feroz mirada de doña Carmen la atemoriza, devolviéndole la seriedad.)

JUAN El puchero, una ensalada, un postre del tiempo, y se acabó la comida... ¡Bah! Una sobriedad tan absoluta me espanta. Hoy he visto dos gatos aterradores: dos espectros de gato, dos sombras de gato.

CAR. (Protestando risueña.) Hijo, hijo ..

ENR. (Indiferente.) Pan.

JUAN Por economizar, economizas hasta los años. En cincuenta de vida no has gastado ni veinticinco.

ALEJ. (Después de un golpe de risa que acaba en tós.) ¡Eh, bravo, bravo! Magnífico. Esa es la galantería española. ¡Muy bien!

ARC (A Juan queriendo ser irónico.) Y tú, joven rumboso, ¿cuántos añitos has derrochado en treinta y tres?

JUAN Qué sé yo. Muchos más. Yo odio la economía.

ENR. (A Rosarillo que embobada mirando á Juan no le oye.) Pan.

CAR ¡Así pensais los hombres! ¡Lástima de paliza!

ENR. (Descompuesto, gritando.) ¡Pan!

ROS. (Asustada ) ¡Ay, Jesús, madre!

ENR. ¡Pan! ¿Cómo voy á pedir el pan en la maldita casa?

CAR Enrique, ¿ya empezamos?

ALEJ. (Con bonachonería.) Pero señor don Enrique...

ENR. (Encolerizándose al observar que Juan le contempla estupefacto.) Aquí uno no es nadie. Estoy pidiendo pan hace media hora. ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! Y esa estúpida... ¡Lárgate de aquí!

CAR (Con ironía.) Paciencia, hijo de mi alma.

ENR. (Medio llorando.) ¡Lárgate! ¡Lárgate! ¡Fuera!

CAR (Con energía.) Vaya, vaya, pamplinoso, toma pan. (A Rosarillo.) Y tú, no te embobes. ¿Estás sorda?

ENR. Un pan riquisimo. ¡Sobras, como si yo fuese un perro!

CAR Pero si es mío, Enrique.

ENR. (Conteniendo las lágrimas.) Bastante he comido ya. No quiero arruinarte. ¡El café! Pero si me pasa algo, ¡como me pase algo!...

ARC Enrique...

JUAN Chiquillo...

ENR. (Incorporándose, después de volcar la taza de un manotón.) ¡Esto se hace aqui con un enfermo!

JUAN Pero muchacho...

ENR. ¡Déjame!... Esto se hace aquí con un enfermo que pide pan!

CAR Mira, Enrique, no me impacientes.

ENR. ¡Por un pedazo de pan!

CAR Enrique, no seas estúpido.

ENR. ¡Si estoy mintiendo! ¡Si me quejo por gusto! (Golpeándose el esternón.) Aquí no hay nada; aquí no muerde nada. Y tú misma en vez de cuidarme... (Rompe en sollozos, se va al patio y desaparece por la derecha.)

JUAN (Penosamente impresionado.) ¿Qué tiene?

CAR. Esa criatura...

ARC. Fenómenos nerviosos, ¿sabes? Su cabeza no rige.

CAR. Yo no sé si esos ataques son de locura, ó si es inocente, ó si... No sé, no sé.

ARC. Rarezas, mimos. Y como no ha estudiado ni es muy listo el infeliz...

CAR. Y menos mal que no le duran esos arrechuchos. Ahora se mete en el corralón, se pone á hablarles á las gallinas y dentro de media hora lo tienes aquí tan fresco. Si no fuese por el animal... ¿No te lo ha dicho? Oh, pues es admirable. Cree que en su estómago vive un animal y dice que cuando el animal siente hambre se le sube por el pecho arriba...

JUAN (Interrumpiéndola.) ¡Pero entonces está loco!

ARC. No; es un hombre raro. Se arrebata, se descarría... Pero loco no está.

(Suena la campanilla del portón.)

CAR. (A Rosarillo, que atraviesa el patio para abrir.) Si es un pobre, que el viernes.

JUAN ¿No será papá?

CAR. No salió por fin. Está con Angel en la huerta.

ROS (Dentro.) Pase usted. Ahora acaban de almorzar.

(Se oyé una tos ronca y el golpeteo acompasado de un bastón.)

CAR. Ahí tienes á don Sebastián el cura.

(Entra DON SEBASTIÁN con ROSARILLO por la izquierda. Es un viejo lucio, de pingües carnes y color aborrachada. Viste unos hábitos remendados y verdosos. El sombrero mugriento, inclinado hacia la coronilla, deja ver unos aladares que todavía negrean. Tiene los ojos chiquirritines cubiertos por gafas azules, empuña un formidable báculo y anda arrastrando los pies.)

SEB. (Desde el patio.) La paz de Dios sea en esta casa.

JUAN (Corriendo hacia él.) Don Sebastián...

(Rosarillo sale por la derecha.)

SEB. Hola perdido, hijo pródigo.. (Le abraza y entra cogido á él en el comedor.)

JUAN ¿Por qué se ha molestado usted en venir? Ya iba yo á su casa.

SEB. Sí, sí. Bonito pez es el nene. Buenos y santos, señoras y señores míos. (Doña Carmen y María Pepa le besan la mano.) Aquí estoy para mirar á mi gusto al pródigo, con mejor luz que ayer.

CAR. Asiento, don Sebastián.

ALEJ. (Cediéndole el sillón.) Aquí, don Sebastián.

SEB. ¿También el alcalde? (Sentándose después de palpar el asiento.) Gracias, hijo. El señor se lo premiará. De modo que se reunió todita la mala gente. Vaya, vaya... (A Juan.) Acércate, hombre, que te vea. ¡Estos pícaros ojos! (Se quita las gafas y se los limpia con un pañuelo de hierbas.) ¡Canástoles, has envejecido mucho, Juanillo! (Rosarillo levanta los manteles.)

ALEJ. ¡Como que nos gusta correr la jaquita! (A Juan.) ¿Eh, compañero?

SEB. ¡Madrid, Madrid! Sima, trampa endemoniada..

JUAN Pero si vengo de Londres, señor cura.

SEB. Es lo mismo; digo, peor. ¡Londres! Pueblo de herejes, Babilonia corrompida... Muy grande, ¿verdad? y con mucho forasterío y mucha diversión.. ¡Válgame y válganos Jesús!...

CAR. Y que lo diga usted.

SEB. ¿Se almorzó ya? Porque esa Balbina de mis culpas... ¡Oh, que mujer! Ni un postre, Carmen.

CAR. Va usted á catar unos dulces que ha traído el viajero.

(Saca del aparador una bandeja de dulces y coge una botella de vino.)

SEB. No te molestes, muchacha.

CAR. Si no es molestia.

SEB. Los pobres viejos con cualquier cosa que nos den... ¡Ah, pero esa Balbina!... No sabes cual es mi existencia, Juanito. Ya ni

escopeta, ni excursiones á las viñas, ni paseos á caballo... Sin ojos, sin piernas... Rendido.

JUAN ¡Bah! Todavía hay hombre. Es usted recio.

SEB. Rendido. (Comiendo dulces.) Acabado. Y esclavizado y mártir. Yo no puedo regalar un jamón, yo no puedo escupir en una estera que es mía... ¿Comprendes? Riñas, voces... ¡Abrumador, muchacho!

CAR. ¿Un dedito de vino?

SEB. ¡O dos, qué caray! (Le sirve doña Carmen y bebe.) Una bendición del Todopoderoso. ¿Y tú, Juan?

JUAN No, no me gusta.

SEB. ¿Qué te gusta entonces? Yo con una copita, un cigarrejo y otra cosa que no pido ahora, porque no es ocasión y por no abusar, soy dichoso.

M. PEPA ¡Ay, señor cura, que le veo venir!

SEB. (Riéndose.) No, no; si no quiero abusar, Mariquita. Aunque después de todo tú te luces, caramba. ¡Y me gusta tanto!

M. PEPA (Levantándose.) Bueno. ¿Qué va á ser?

SEB. (Palmoteando.) Ea, fiesta completa.

M. PEPA ¿El *Vorrei morir?*

SEB. O el *Vals de las olas* ó la *Moraima*... Lo que se te antoje. Una limosnita de música.

JUAN Sí, sí, lo que quiera. (Sale María-Pepa por la izquierda y en seguida se oye el cencerreo del piano.( Hay que alegrar á don Sebastián.

SEB. Ya. (Toca la canción de Tosti. Todos escuchan en silencio.) Hoy no se componen cosas así. (Pausa.) «Vorrei morir quando tramonta il sole-quando sul prato dormon le viole...» (En voz baja.) ¿Eh? Vemos el sol y el *prato* y *le viole*. ¡Qué hermoso, Dios mío! (Vuelven á quedar en silencio. Entra ENRIQUE con unas jaulas de perdices y las cuelga en unas escarpias que hay en los muros.) ¿Qué significará *tramonta?* Es una palabra bonita. ¡Tramonta! ¿Volar, saltar? (Confidencialmente.) Yo, Juanito, pasaría así la vida. Buenos manjares, sin caer en el pecado de la gula, música, sol..

ENR. (Junto á la puerta de la derecha.) ¡Eh, eh, eh.. que se te va! ¡Oreja, niña! (Da el tono tarareando á toda voz.) Así, aaa-i. (Saluda con una cariñosa

palmada á don Sebastián, le pide por señas una cerilla y enciende un puro. Luego pasea.)

CAR. (A Juan.) ¿No te enamora esta paz? Mira qué cielo, qué luz, qué alegría. El piano, los ruidos de la calle... y nosotros aquí, tranquilos... con esta dicha.. Se me ocurren unas cosas que no sé expresar... (Conmovida.) Unas cosas que me harían reir y llorar... y... qué sé yo. Pero Dios es muy bueno, Juan. ¡Muy bueno! Por grande que sea nuestra honradez, más merece.

(Llaman y María Pepa al oir la campanilla deja de tocar.)

ROS (Desde el patio.) ¿Quién?

HERMS. Gente de paz.

(Corre á abrir Rosarillo.)

ROS. (Dentro.) Son las hermanitas de los pobres.

(Entran por la izquierda las DOS HERMANAS con ROSARILLO. Son muy viejas; sus rostros amarillean entre la albura de los griñones. Hablan gangueando, con las manos cruzadas y sin alzar los ojos.)

CAR. Adelante.

(Entra por la izquierda MARÍA-PEPA y ROSARILLO por la derecha.)

HERMS. (Desde el patio.) Deo gracias.

CAR. / M. PEPA } A Dios sean dadas.

ALEJ. Pasen ustedes.

(Las Hermanas entran en el comedor.)

CAR. ¿Como va, hermanitas?

HERM. 1.ª Muy bien, señora. ¿Y por aquí? ¿Y usted, señor Alcalde?

ALEJ. Tan famoso. ¿Qué tal, qué tal ese asilo?

HERM. 1.ª La caridad es muy grande.

CAR. (Entregándole dos reales á la Hermana 1.ª) Tome. Ya enviaré una fanega de trigo y otra de garbanzos para los viejecitos.

HERMS. Jesús y María se lo paguen.

ALEJ. Yo también enviaré trigo.

HERMS. ¡Gracias!

ALEJ. Adiós, Hermanas

HERMS. Adiós. Adiós, padre capellán. Adiós.

(Salen al patio las Hermanas, que se van por la izquierda.)

ALEJ. ¡Qué buenas son!

ARC. ¡Y qué listas! Sin tierras que labrar, ni gra-

nos que sembrar, son las millonarias de estos andurriales. Y no las censuro. ¡Cuidado!

ALEJ. Eeas mujeres son santas verdaderas. Las santas de nuestro siglo.

CAR. Como que hay que ver su vida entre los viejos.

JUAN Sí; no se divertirán mucho.

ENR. Y, sin embargo, las critican.

ARC Como si cada cual no pudiese vivir á su manera.

ALEJ. No hay más que una manera honrada de vivir.

JUAN ¡Hombre!

ALEJ. Con diferencias, porque cada uno tiene sus gustos y sus ambiciones y sus deseos; pero en el fondo todo es igual. Y á los bandoleros que predican atrocidades contra lo que pensamos y lo que respetamos hace siglos, hay que combatirles furiosamente. Debemos escoger un camino y recorrerlo con fe en la ayuda de Dios. Y sin ofender, sin censurar, sin criticar.

ARC (Gravemente.) Sí; todo lo establecido merece respeto. Criticar es destruir.

CAR Claro. Antes el mundo era mejor. Ahora... Tanta novedad, tanto progreso... ¿Para qué? Y aquí estamos seguros. Este pueblo es como un pozo muy grande, muy grande, donde hubiese campos y donde entrara el sol.

SEB. Sí; la vida pasa atropellada por lo alto, junto al brocal que nos defiende.

JUAN Y que os encierra.

SEB. Pchs... Después de todo... ¿Para qué sirve la libertad?

(Entra por la izquierda un MUCHACHILLO en mangas de camisa, con los pantalones sujetos por un tirante que le cruza el tórax.)

MUCH. (Desde el patio.) ¿Está aquí don Sebastián el cura?

CAR. ¿No lo ves? Entra.

MUCH. Con su permiso. (Deteniéndose frente á don Sebastián.) Don Sebastián el cura, con su licencia: me ha dicho la señá Balbina que me allegue aquí y que le diga á usté que se vaya usté, que salió usté esta mañana y que güeno va lo güeno. Na más. (Doña Carmen se ríe.)

SEB. Bien, hombre. Allá voy. (Suena el toque de vísperas.) Caramba, vísperas. Es tarde.

MUCH. *Cóndios.* (Sale muy decidido al patio y se marcha por donde entró.)

SEB. (Levantándose.) Juan, hijo mío, no te ruego que vayas á verme porque aquella mujer es como Su Divina Majestad la ha criado. Pero yo vendré, aunque no sea más que para que no te aburras mucho en nuestra cárcel.

JUAN Bueno, padrecito. Habrá dulces y música y jerez.

SEB. Vaya, que paséis buena tarde. (María Pepa, Arcadio y Enrique le besan la mano. El Alcalde le despide con unas palmaditas.) Adiós, adiós. (Sale por la izquierda.)

ENR. (Fosco.) ¿Por qué dices que vivimos encerrados? Antes no odiabas al pueblo.

JUAN ¿Odiarlo? Si es uno de mis grandes cariños. Si supieras cuánto he pensado en él y cómo recordaba entre las nieblas de Londres nuestro sol de Agosto, las mañanitas de San Juan y el canturreo de nuestras cigarras... ¡Válgame santa poesía!

ARC Pues mira, yo, si estuviese en Londres, creo que con el estudio ..

JUAN Es que no se estudia siempre.

ARC (Petulante.) Te equivocas. Yo no soy ingeniero como tú, y sin embargo...

JUAN ¿Trabajas mucho? Debías emprender algo, seriamente.

ARC (Disimulando su satisfacción.) ¡Quiá, hombre! Me gusta la mecánica, sí...

CAR. Tiene un invento.

JUAN ¡Hola!

ARC. ¡Bah! Una pequeñez.

JUAN De pequeñeces vivimos.

ARC. Sí: tambien la aguja fué una pequeñez. (Se ríe.) Pues lo mío es una jaula especial para perdices. Ya sabes que para limpiarse de parásitos necesitan revolverse, escarbar, tomar tierra... Pues bien, en mi jaula hay un depósito que por medio de un resorte le administra una ducha de arena al animalito. De ese modo no tienes que soltarlo y te ahorras el jaulón.

JUAN Magnífico.

ARC. No. Es una tontería. Yo no me «hago» ilusiones. Práctica... sí es la cosa.

ENR. Fácil, después de sabida. Lo del huevo de Colón.

(Se oye una voz ronca y confusa.)

JUAN ¿Qué es eso? (Escuchando) ¿Es papá?

(DON JUAN entra en el patio por la puertecilla del jardín. Parece un ochentón. Anda penosamente, con las piernas temblonas y encorvado el busto. Solo conserva algunos mechones de cabellos de un gris plomizo junto á las sienes y la nuca. Tiene las manos poco aseadas y la barba luenga y descuidadísima. Su gabán y sus pantalones son viejos y sucios.)

CAR. ¿Qué ocurre?

(Juan avanza hacia el enfermo. ANGEL, que seguía á Don Juan, le coge por un brazo y condúcelo cariñosamente al comedor. Angel es un labriego fuerte, de apariencia brutal. En sus ojillos de paquidermo hay un resplandor de estúpida fiereza La espesura de la barba, á pesar del reciente afeitado, le tiñe de azul el rostro. Calza botas de campesino y viste pantalón de pana, chaleco de paño y blusa.)

JUAN (A su padre.) ¿Qué pasa?

D. JUAN (Rabioso) ¡Oh!... ¡Oh!.. ¡Oh!...

(ROSARILLO entra en el patio por la derecha.)

JUAN (Angustiado.) ¿Qué, padre?

CAR. (Displicente.) Vamos... ¿A qué viene esa rabia?

D. JUAN (Rechazando á su hijo.) ¡Suelta... tú!... ¡Vete... tú!...

CAR. (Severa.) ¿Eh? ¡Cuidadito!... (Afable.) Quieres jugar, ¿no es eso?

D. JUAN (Llorando.) Angel... bebido... café mio... ¡Angel!

ROS. (Desde el patio.) ¡Mentira, rementira! Yo lo he visto. Se lo tomó el solo. ¿Pa qué sueltas embustes? ¡Di, embustero!

JUAN (Asombrado) ¡Rosario! (Hay una pausa.) Pero, ¿qué dice esa imbécil?

ANGEL (Confuso.) Es que... ¿sabe usté, señorito?... Esto es con tó. ¡Ha criao unos estintos!... Quedrá más café y cátatelo ahí.

JUAN Eso á usted no le importa. Ni es usted quien debe juzgar á su amo.

CAR. (Con acritud.) ¡Juan, hijo!... (Conteniéndose.) No puedes imaginarte cómo está el infeliz. Por cualquier cosa se enfurece. Sin motivo, sin que nadie pueda evitarlo. (A Don Juan limpián-

dole las babas.) ¿Y el pañuelo? ¿No sirve el pañuelo? ¿Es para adorno el pañuelo?

D. JUAN Café .. yo...

CAR. (Mal humorada.) No hay café ahora. Luego, á la noche, te beberás un cubo.

JUAN (Reconviniéndola.) ¡Oh, mamá!... (Pausa.) Ahora se hace; lo hago yo.

CAR. Vamos, esto nos faltaba. Pero si son caprichos, hijo.

ENR. Como le den alas, bueno va á ponerse.

JUAN Esos caprichos se respetan.

ENR. Y á uno... ¡á uno que lo parta un rayo!

JUAN (Con dulzura.) Hermano...

ENR. Yo quisiera ver á ciertos individuos muy sabihondos con un animal en el cuerpo; yo los quisiera ver cuando el animal tiene hambre y sube y sube...

CAR. ¡Enrique, mira que voy á intervenir! Que eres muy majadero, Enrique.

ENR. Ya, ya lo sabía yo. Estoy aquí de yunque. (Atraviesa el patio como un rehilete y sale por la puertecilla del jardín.)

D. JUAN Café... café...

ROS. (A doña Carmen.) ¿Pongo el agua?

CAR. (Con resignación.) Pon el agua.

ALEJ. ¡Eso! ¡Bravo! ¡Bravo! (Palmoteando junto á Don Juan, que tiembla de alegría.) Un café para este caballero. ¡Como las balas, mozo! (Coge del aparador una caja de dominó.)

D. JUAN (Riendo.) Mozo... mozo...

ALEJ. (Enseñándole la caja.) Y ahora...

D. JUAN (Muy alegre.) ¡Domi... no!... Conmigo tú... (Tira de un manotazo el cesto de la costura é intenta arrastrar el velador.)

M. PEPA (Sujetándole.) ¡Eh, loco!

ALEJ. (Bonachón.) Espera, diablo.

(Saca una gorra del bolsillo y se la pone. En seguida coge el velador, y sosteniendo al enfermo, le conduce al patio bajo el laurel. María Pepa lleva el dominó y Arcadio dos sillas. Siéntanse los viejos y comienzan á jugar. María Pepa y Arcadio les acompañan.)

ANGEL (Adulador.) Ya está en sus glorias el pobre. Y eso que ni sabe jugar, señorito. Es más fullero... (Angel se ríe, y Juan apártase de él contrariado.)

CAR. ¿Paseó esta mañana?

ANGEL ¡Digo! Por cierto que, ahora que caigo. . hizo una cosa pa revolcarse de risa... ¡Vamos, hombre! El gallo que tié enjaulao el señorito Enrique. Pos na, que lo ve, lo trinca y escomienza á pelarlo vivo. (Soltando la risa.) ¡Si lo dejo!...

CAR. (Santiguándose.) ¡Jesús!

ANGEL Dende que se golvió tonto, ha echao unas ideas el infeliz...

JUAN ¿Quiere usted no decir más estupideces? ¿Se quiere usted marchar?

ANGEL (Sorprendido.) ¡Hombre!...

JUAN ¿Qué es eso de hombre? ¡Salga usted!

CAR. No te ha ofendido, Juan.

ANGEL (Encaminándose despechado hacia el patio.) Pues hombres somos todos. Y hombre fué Jesucristo. ¡Y á mí con orgullos... na!

(Sale por la puertecilla del jardín. ARCADIO, entra en el comedor.)

JUAN Ese imbécil no cuida más á mi padre.

CAR. ¿Por qué?

JUAN ¿Por qué? ¿No es un irracional? Que guarde bestias; pero que no cuide criaturas.

CAR. Otro será igual ó peor. Angel lleva diez años en la casa. Es pariente de Alejandro... Y sobre todo, es bueno.

JUAN No, no es bueno. Es un bruto y los brutos nunca son buenos. Si á ti te parece bien que trate á mi padre como á un igual, que se burle de sus miserias, que le llame tonto...

ARC. (Conciliador.) Hijo, lo cierto es que papá... Y como Angel no es un académico...

JUAN ¡Es increible! Vosotros oís esas enormidades con una frialdad, con un...

CAR. (Interrumpiéndole con acritud.) Y tú, ¿qué sabes? En diez años has pasado dos semanas en tu casa. Angel entró para servir á tu padre. Ya viste como llegó. Sin poder andar, con la médula deshecha... Y ese hombre no ha sido su criado, ha sido su perro. Tiene derecho á que le consideres.

ARC. Además, Alejandro... siquiera por atención... Al fin, su primo es, y no hay que olvidar que en esta casa...

JUAN En esta casa, ¿qué?

CAR. (Con violencia.) Alejandro nos ha protegido, nos ha favorecido...

JUAN ¿El?

CAR. El. Con sus con sus consejos, guiándome, defendiendo nuestro caudal...

JUAN Y ¿cómo no me has dicho nunca...?

CAR. Te lo digo ahora.

JUAN (Después de una pausa.) Bien; pero de todos modos la amistad de Alejandro no justifica ni disculpa las brutalidades de su pariente.

CAR. Tampoco son tan enormes que nos debamos alarmar. Es un rústico, no un hombre educado. Si le exiges finuras de lenguaje...

JUAN No: le exijo blandura de corazón (Pausa.) Y á papá, ¿le ve el médico á diario?

CAR. ¿Para qué? Es inútil. Dice don Antonio que tiene un derrame cerebral y que eso no se cura

JUAN No importa; no se le debe abandonar.

D. JUAN (Golpeando con las fichas en el velador.) ¡Yo... yo... gano!

ALEJ. ¡Fullero, granuja! (Se ríe á carcajadas.)

JUAN ¡Es horrible!

CAR. Para vivir así, más valía que descansara.

ARC. ¡Está muerto!

JUAN (Con ironía.) Que descanse... ¿Y que deje descansar? Hablais de él con una resignación...

CAR. (Con energía.) Como hablarías tú si hubieras pasado meses y meses junto á él. ¿Deseas que lloremos constantemente y que reventemos todos? Eres injusto. No has variado, no.

JUAN (Con pena.) ¿Por qué me tratas así?

CAR. ¿Cómo te trato? ¿He de oir y callar?

ARC. ¡Claro! Este le ve ahora...

CAR. (Persuasiva.) Si le hubieras visto ir decayendo y acabarse. . Ya hace ocho meses que está así. Cuatro llevamos aguardando el final, y á todo se habitúan las criaturas.

JUAN (Con fría amargura.) Y mientras yo. . ¡Miserable! El muriéndose, y yo lejos, gastando el dinero que le costó la vida.

CAR. (Con viveza.) ¡Ah, eso, no!

JUAN Sí, sí. Eso, sí. No le recordaba más que al llegar tus cartas. «Está peor.» ¡Siempre peor! Y entonces decidía embarcarme, co-

rrer hacia vosotros... Y á los cinco minutos todo borrado de la memoria y el propósito muerto.

ARC. (Piadoso.) Y ¿qué hubieras conseguido viniendo?

JUAN Al menos, cuidarle. ¿No he venido ahora porque, á mis años, hay que tomar mujer si se encuentra una dote?

ARC. ¡Arrea!

CAR. Esa es una gracia ridícula, Juan. Tú tendrás una posición decorosa. Y María Pepa te quiere.

JUAN Pero yo no sé si la quiero. Y sin embargo, aquí estoy. En cambio, por mi padre... Nos deja pequeñuelos para juntar un caudal; recorre América, se enriquece á costa de su salud, retorna agotado, y mientras sufre días y días y pierde la razón, nosotros...

CAR. Calla, Juan; no seas niño

(Suena la campanilla. ROSARILLO, que sale del jardín con María Pepa, abre. Entran en el patio PERIQUET y en el comedor MARIA PEPA. Rosarillo se marcha por donde entró. Periquet es apaisado, rechoncho. Tiene una hermosa frente de sabio y unos dulces ojos bovinos. Anda y habla con reposada dignidad.)

PER. (Desde el patio, quitándose el sombrero y saludando cumplidamente.) Salud.

CAR. ¡Hola, Periquet!

JUAN Muy buenas.

PER. ¿Qué hay, don Alejandro? ¿Y mi señor don Juan?

ALEJ. Déjelo. Está durmiéndose.

CAR. Secretario, mañana almorzará usted aquí con las de la botica y don Sebastián el cura. Hay que obsequiar al viajero.

(Periquet entra en el comedor con don Alejandro.)

PER. Muchas gracias.

(Entra en el comedor ROSARILLO con un sombrero flexible y un bastón y se los entrega á don Alejandro.)

ROS. Tome usted, señorito. ¿Hay que ir por papeles?

ALEJ. No; están en el Ayuntamiento.

(Rosarillo se va por el jardín.)

ARC. (A Juan, por el enfermo.) Mírale. En cuanto juega un ratillo, cae el pobre.

CAR. (A María Pepa.) Las moscas. Anda tú.
(María Pepa coge un delantal blanco y le cubre el rostro á don Juan )

ALEJ. Es raro. De pronto, sin cabecear, le vence el sueño, y se queda así, como si no viviera.

ROS. (Dentro.) Señorita. Aurora que si maja las almendras.

CAR. Que espere. Allá voy.

M. PEPA ¿Quieres que?...

CAR. No. Tú cose, que el ajuar corre prisa. Te llamaré para que pruebes la pasta.
(Sale por la derecha.)

PER. ¿Vamos?
(María Pepa siéntase á la máquina.)

ALEJ. Vamos. (A Arcadio.) ¿Me acompañas?
(ANGEL entra en el patio por la puertecilla del jardín.)

ARC. Bien. Un ratillo (Sale por la izquierda y vuelve en seguida con un sombrero como el de don Alejandro, y un junco.)

PER. Felices, Angel.
(ANGEL entra en el comedor.)

ANGEL (A don Alejandro.) Y hoy... también... (Arcadio únese al Alcalde.)

ALEJ. También y... ¡mucho ojo! A las cinco vas por el Ayuntamiento.

ANGEL (Hostil.) Sí, yo para apencar con la Biblia. ¡Al Ayuntamiento, y después á la estación, y el día enterito en la casa, y al amanecer al campo!

ALEJ. (Estirando la diestra y llevándose el pulgar á la boca.) Me parece, me parece...

ANGEL (Sulfurado ) ¡Ah! ¿No puedo yo tener vergüenza sin beber?

ARC. Calla, mal genio, perro mastín.

ANGEL (Ablandado por el tono cariñoso de Arcadio.) Pero si es que le jincan á uno, y uno como no es de palo .. Por lo demás, pecho hay aquí y reaños de hombre pa hacer lo que se quiera.

M. PEPA (Cariñosamente.) Y para fastidiar lo que se quiera.

ANGEL Mirarla, mirarla también como sabe jerir. (Se va riendo por el jardín )

ALEJ. Anda, alcornoque, desgraciado. Ea, hasta luego.

PER. Adiós.

M. PEPA Adiós.

JUAN Hasta la tarde.

(Salen al patio y se marchan por la izquierda Arcadio, don Alejandro y Periquet. María Pepa cose unas enaguas sin atreverse á mirar á Juan.)

M. PEPA ¡Pobre Angel! Se enfadó por tu riña.

JUAN ¡Se enfadó! Pero, ¿se enfada el caballero y se le permite que se enfade? No me explico por qué lo soportais.

M. PEPA Es de la familia.

JUAN ¡La familia!...

(Hay una pausa. María Pepa cose y Juan pasea.)

M. PEPA ¿No sales?

JUAN No, luego.

M. PEPA Te aburrirás.

JUAN No me aburro.

M. PEPA Estás triste.

JUAN Un poco. (Por su padre.) ¿No ves aquello? Aquello, que ya no es nada, fué un hombre guapo, fuerte, arrogante... (Conmovido.) No me acostumbro á verle así. Destrozado, muerto...

M. PEPA (Cariñosa) Juan... Todavía, quién sabe si...

JUAN No, María Pepa; no sanará.

M. PEPA Aunque así fuese .. Cuando las cosas no tienen remedio, hay que conformarse con la voluntad del Señor.

JUAN (Distraído.) Hay que conformarse. (Pasea y María Pepa vuelve á coser.)

M. PEPA (Después de una pausa.) Juan, vé al casino un rato. Distráete Si te sacrificas por mí...

JUAN ¿Sacrificarme? No, mujer.

M. PEPA No disfrutas aquí. Te lo conozco. No quieres ya á tu casa.

JUAN ¿Mi casa? Esta casa no es mi casa. No es la que yo dejé y conservé en la memoria.

M. PEPA Todo está igual. Más viejo todo; pero igual.

JUAN Y sin embargo... Parte de mi alegría dejé yo aquí, y solo encuentro ahora tristeza.

M. PEPA (Desolada.) ¡Ah, tú no eres el mismo!

JUAN Tal vez el cambio esté en mí.

M. PEPA En ti; en los demás, no.

JUAN Sí, es posible.

M. PEPA ¡Tristeza! Todo es tan alegre como cuando vivías aquí; todo es lo mismo; nada falta... ¡Ah! Los pájaros. ¿Te acuerdas de los pájaros?

JUAN Es cierto. Ya no vienen á dormir al laurel.

M. PEPA Los echaron, Arcadio, Enrique y mi padre. Mataron miles y miles.

JUAN ¿Y por qué esa crueldad?

M. PEPA (Sonriendo) ¿Te da lástima? A mí también. Venir tan confiados á su alcoba y encontrarse... Es una pena. Pero había tantos... y ensuciaban de tal modo desde su laurel... Flores, macetas, cristales... Y al ponerse el sol nos asordaban con su algarabía. Alegres, sí eran.

JUAN Mis hermanos y tu padre son unas excelentes criaturas; pero no tienen nada de pájaros.

M. PEPA (Riendo.) ¿De pájaros? Claro que no. ¡Qué cosas dices, Juan!

JUAN Ni mi madre, ni tú.

M. PEPA (Sospechando la intención irónica.) ¿Y tú?

JUAN Tampoco; pero yo les envidio las alas.

M. PEPA Y no sentir esa envidia, ¿es un defecto?

JUAN ¡Oh, no! Quiero decir que aquí todos sois prácticos; demasiado, quizás.

M. PEPA ¿Todos? Pregúntale á tu madre, que me riñe porque soy una romántica. Y con razón. Yo á favorecer á cuantos puedo, á dar limosnas, á gastar todito lo que recojo... No me conoces todavía.

JUAN Vaya, también tú eres algo pájaro. Pues ojo con las escopetas, chiquilla...

(Rosarillo, desde la puerta de la derecha.)

ROS. Señorita, que si quiere usté ir á probar la pasta, que vaya á probar la pasta.

JUAN Anda á probar la pasta, si quieres probar la pasta.

(Sueltan la carcajada y en este momento, ENRIQUE, con un sombrero en la coronilla, un garrote bajo el brazo y un gallo inglés entre los puños, entra por la derecha en el comedor.)

ENR. (Sin detenerse y sin mirarlos.) ¡De las risitas se ríe el hijo de mi señora madre! (Sale al patio por la izquierda.)

JUAN (Riendo.) Es increíble.

M. PEPA ¡Ah! Pues de esas salidas, mil.

(Sale con ROSARILLO por la derecha. ARCADIO entra en el patio por la izquierda.)

ARC. (Desde el patio.) Juan, ¿vienes?

JUAN ¿Ahora? (Entra Arcadio en el comedor.)

ARC. Vamos á pelear la jaca de Enrique en el casino. Una gran quimera. Ven.

JUAN Otro día. No soy aficionado.

ARC. (Socarrón.) Por lo visto tú estás por la pava. Pela, hijo, pela.

JUAN ¡Bah!

ARC. Pero si no te critico. Haces bien. Dinero á espontones. Y sin hermanos que pidan su parte. (Con picardía.) Además, ya habrás caído en que todo se va á quedar en casa.

JUAN ¿En casa?

ARC. ¡A ver! Cuando matrimonien ellos...

ENR. (Dentro.) ¡Arcadio!... ¡Arcadiooo!

ARC (Corriendo hacia la puerta.) «Alon.»

JUAN Pero, escucha, espera... (Arcadio sale por la izquierda; Juan que le ha seguido hasta el patio, detiénese junto á su padre.) ¿Quiénes?... (Retornando al comedor.) ¿Qué ha querido decir?

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

La misma decoración

(DON JUAN, sentado en el sillón, juega con el dominó esparcido en la mesa.)

D. JUAN El tres... yo... Otra. . otra .. otra... ¡Cerrado! (Riéndose.) ¡Gané!...

(Entra por la derecha ROSARILLO.)

ROS (Canturreando )

«Del moro, del moro...
¡Ay!
¡Yo quisiera ser del moro!»

(Detiénese frente á don Juan y le quita el dominó, gozando con su cólera. Luego saca la lengua y hace mohines, mientras el enfermo, rabioso, da manotadas, gritando guturalmente.)

D. JUAN Dominó... dominó... ¡mío!

ROS. (En voz baja.) No quiero. ¡Utu, feo, retefeo, retefeísimo, que no te puedo ver ni en pintura!... ¡Camándulas!... ¡Que sabes más que Briján!

D. JUAN ¡Mío!.:. ¡Dominó!... ¡mío!

ROS (Arrojándole las fichas.) ¡Toma ahí, tonto de los puñales! ¡Y chitón!

D. JUAN (Gruñendo.) ¡Es .. mío!

ROS (Imitándole ) ¡Es... mío! (El enfermo grita rabioso.) ¡Anda, grita, y cojo el cuchillo largo y te corto la cabeza, y te jago virutas, y te meto en un costal pa tirarte al asilo y que te coman los viejos! (Suena la campanilla.)

D. JUAN (Con alegría.) ¡Jandro!... ¡Abrir!... ¡Jandro!
(Abre Rosarillo y entran por la izquierda MARÍA PEPA y DON ALEJANDRO.)

M. PEPA No cierres, que viene la señorita. (Pasan los tres al comedor. El enfermo, al ver á su amigo, gesticula alegremente.)

D. JUAN ¡Jandro!... Jugar! ..

ALEJ. (No muy afectuoso.) ¿Qué haces tú aquí, «gorrión»? (A la criada.) ¿Y Angel?

ROS. En la atarazana. Le convidó Luis el manijero.

ALEJ. ¡Maldito sea el manijero y malditos sean los convites!. . Que coja una turca de las suyas, y nos divertiremos como hay Dios. (Por don Juan.) Llévatelo á la cocina. Que no le vean aquí solo. Y dile á Angel que le acueste prontito.

D. JUAN No, no... ¡Jugar!...

ALEJ. En la cocina. Luego iré yo. (A María Pepa.) Ayúdale.

ROS. (Tirando de don Juan.) Arriba mi nene. (Le cogen María Pepa y la criada y salen con él por la derecha.) Un pasito bonito; otro; más...
(DOÑA CARMEN entra en el patio por la izquierda.)

CAR. Rosarillo... Rosario. ¿Cómo está abierto el portón? ¡Qué alma! ¡Ah! ¿Estás tú aquí?

ALEJ. Es que te ví en la tienda.

CAR. (Entra en el comedor. Viste de negro y se cubre la cabeza con un velillo.) ¿Y María Pepa y Juan?

ALEJ. Juan ahora viene. La niña está con... el «gorrión».

CAR. (Riéndose.) No seas perverso, Alejandro. A ver si se te escapa y tenemos un disgusto.

ALEJ. Quita, tontuela.

CAR. Ese tendero es José María en persona. Fíjate: un kilo de arroz. ¿Es eso un kilo de arroz? Ladronazo.
(Entra MARÍA PEPA por la derecha.)

M. PEPA Anda, papá.

CAR. ¿Tan pronto?

M. PEPA Sí, yo quiero desnudarme. Este corsé me oprime.

ALEJ. Vente luego á casa con Juan.

CAR. Como quieras.

M. PEPA Pues hasta luego.

(Salen del comedor María Pepa y don Alejandro, y se marchan por el jardín.)

CAR. Rosario...

ROS. (Dentro.) Mande usté.

CAR. Un plato y una taza. (Las coge ROSARILLO del aparador.) Arroz para el almuerzo. (Abre el paquete y echa algo más de una taza de arroz en el plato.) Chorizo quedará un poco.

ROS. Sí, señora.

(Suena la campanilla, abre Rosario y entra en el comedor con JUAN.)

CAR. ¿Y esos?

JUAN Curando á la jaca. Ha perdido Enrique.

CAR. Me alegro. A ver si nos deja en paz. (A Rosario.) ¿Sacaste el vino?

ROS. Otavía no.

CAR. ¿Y á qué aguardas? Hay que llenar las botellas para el almuerzo.

ROS Cuando usté mande.

CAR. Ayúdanos, Juan.

(Juan, doña Carmen y Rosario, con las botellas, salen por la puertecilla del jardín. ÁNGEL entra en el comedor por la derecha, se asoma al patio y, seguro de que nadie le ve, apura el mostagán que hay en el aparador. Límpiase la boca con el dorso de la mano, se marcha por donde vino y vuelve á entrar tirando del enfermo.)

ANGEL ¡Jala, monería, jala! A dormir.

D. JUAN (Resistiéndose) No... comer.

ANGEL (Sin alzar la voz.) ¿Sí? ¿Quié comer el niño?... ¿Quié mi niño la comidita?... ¿Y café? ¿No se le antoja café á mi preciosidá?

D. JUAN (Medroso.) ¡Jandro!... ¡Jandro!...

ANGEL ¿Pa qué llamas? Si ahora nos vamos á inflar de café. (Empujándole) ¡Toma café, charrán! (Con bárbara ironía.) ¿Otra tacita? (Le golpea tapándole la boca.) ¿Otro buchito á mi pimpollo?

(JUAN entra en el patio, ve que á su padre le maltrata el rústico, y se arroja sobre él ciego de ira.)

JUAN ¡Bandido!... ¡Cobarde!... ¡Cobarde!... (Golpea al criado que, sorprendido, apenas si se defiende.)

ANGEL Pero... yo...

JUAN (Loco de furia.) ¡Canalla!... ¡Canalla!... ¡Canalla!

ANGEL (Reponiéndose y acometiéndole sañudo.) ¡Maldita sea!... ¡A mí, ni tú, ni veinte como tú!...

(Se abrazan los dos hombres, rugiendo de ira, y se zarandean terriblemente. Al ruido de la lucha acuden DOÑA CARMEN y ROSARILLO.)

CAR. (Desde el patio.) ¡Angel!... ¡Angel!...

ROS. (Marchándose por el jardín.) ¡Auxilio!.. ¡Favor!... ¡Auxilio!...

(Doña Carmen entra corriendo en el comedor con los bríos de una leona y separa á su hijo del criado.)

CAR. ¿Qué es esto, Juan?

JUAN ¡Ese verdugo!... ¡Ese canalla!... ¡Ese miserable!... (Busca un cuchillo en los cajones del aparador.)

ANGEL ¡Verdugo tú! ¡Y arrímate á mí y te bebo la sangre!

CAR. (Separando á don Juan, que contempla la escena con el miedo de una alimaña, y colocándose entre su hijo y el labriego.) ¡Quieto, Juan! (A Angel, con rabiosa energía.) ¡Fuera de aquí!

ANGEL (A Juan.) ¿Bandido yo? ¡Arrímate! ¡Dímelo pecho á pecho!

CAR. Fuera de aquí. (Avanzando hacia el rústico.) ¡Fuera, borracho, ímbécil! (Deteniendo á su hijo.) ¡Quieto!

ANGEL No hay que gritar más, señora. Ya me voy. (Amenazador.) ¡Tiempo habrá para todo!

(Sale del comedor por la derecha. Don Juan, temblorroso, se deja caer en una mecedora.)

ROS. (Que entra en el patio como una exhalación.) Ya vienen, señorita. (Vuelve á marcharse por el jardín.)

JUAN (Respondiendo á una interrogación muda de su madre.) ¡Pegándole! ¡Le he encontrado pegándole! ¡Martirizando al infeliz!

CAR. (Aterrada.) ¿Pegándole?... ¿Angel?... Pero... ¿cómo es posible?

JUAN (Retorciéndose las manos de ira y de dolor.) ¡Pegándole! ¡Como se pega á un perro callejero!

CAR. (Con espanto.) ¡Lo has visto tú!

JUAN (Conteniendo las lágrimas.) ¡Yo! ¡Con estos ojos que no verán nada más horrible!... ¡Y he temblado como una mujercilla! ¡Y me han faltado las fuerzas! ¡Y no he podido matar á ese hombre!

CAR. (Estremeciéndose de pavor, como si le asaltase de súbito algún horrible presentimiento.) ¡Ah, Virgen de mi alma!

(Entran en el patio por la derecha MARÍA PEPA, ROSARILLO y DON ALEJANDRO. Rosarillo atraviésalo para salir por la izquierda. Don Alejandro y su hija pasan al comedor. El alcalde, que está lívido de espanto, viene en babuchas y sin chaleco.)

ALEJ. (Tembloroso.) ¿Y Angel? ¿Es verdad que Angel?...

JUAN (Interrumpiéndole.) Es verdad. (Con agresiva ironía.) El fiel Angel, tu honradísimo pariente, esa criatura modelo, ese santo que le ha cuidado con un cariño fraternal, le tundía á golpes. (Ríe amargamente.) ¿Qué dices? ¿Qué decís todos? (Después de una pausa.) Madre, yo no sé qué horrores presiento. Yo veo aquí cosas... yo adivino aquí cosas...

CAR. (Demudada.) ¡Qué!.. ¡Sigue!...

JUAN (Con resolución.) Yo quisiera arrancarme los ojos para no ver y la lengua para no hablar. ¡Es criminal, es infame este abandono!

CAR. ¿Qué abandono?

JUAN ¡Infame, criminal!

CAR. ¿Que abandono? Explícate... Habla...

JUAN (Gritando frenético.) Qué abandono... Qué abandono. ¡No hay abandono! ¡Yo soy un necio que sueña abominaciones! ¿Eh? No le han maltratado. ¡Ha sido él quien abofetaba á su guardián!

CAR. (Persuasiva.) Hijo, hijo mío... Estás excitado, nervioso... No caes en la cuenta de que me acusas... y yo no quiero replicar. ¡No quiero!

JUAN (Irónico.) ¿Podrías?

CAR. (Enérgica.) ¡Podría! (A don Alejandro después de una pausa.) Llévatelo. En seguida iré yo. Te lo suplico.

JUAN (A su padre que anda con lentitud, apoyado en don Alejandro.) ¡Claro que para vivir así debías haber muerto, pobrecillo mártir, resto de criatura, estorbo!

(Salen del comedor por la izquierda, don Alejandro y don Juan.)

CAR. (Conteniéndose.) Calla, Juan. Cálmate. Ese hombre saldrá de aquí hoy mismo.

JUAN ¡Ya! Y todo arreglado. ¿No es así? (Pausa.) ¿Y antes? ¿Qué han hecho con él antes?... ¿Y tú? ¿Cómo has velado por su vida?

CAR. Calla, Juan, calla. ¡Calla, por la Virgen!

JUAN ¿Y tú?

CAR. (Refrenándose.) Yo he cumplido con mi deber. No iba á estar siempre cosida á su persona.

JUAN ¡Era tu obligación!

CAR. (Con dulzura.) No me grites, Juan. Te lo ruego.

M. PEPA (Suplicante,) ¡Juan!...

JUAN (Exaltado.) ¡Era tu obligación! ¡Has faltado á tu obligación!

CAR. (Dolorida.) ¡Hijo!

JUAN Mi padre tal vez se agravó por los golpes. (Sollozando.) ¡Es un asesinato!

CAR. (Con fiereza.) ¡No!

JUAN (A gritos.) ¡Un asesinato!... En tu casa, ante tus ojos, mientras gozabais de la vida tranquilamente.

CAR. (En un alarido, avanzando hacia él amenazadora.) ¡Juan!

M. PEPA (Interponiéndose entre los dos.) Perdónalo. Mira como está.

CAR. (Mordiendo las palabras.) ¡Perverso!... ¡Mal hijo!

JUAN (Con aceda burla.) No es contestar eso; no es justificarse.

CAR. ¿De qué? ¿Por qué? (Haciendo un esfuerzo para recobrar la calma.) No insistas, Juan; no me vuelvas loca. Te lo aconsejo. (Con severidad.) Acuérdate de que le hablas á tu madre.

JUAN (Con pasión.) ¡Es que yo soy el que se vuelve loco! Es que, lo repito, yo veo aquí cosas...

CAR. (En un momento de flaqueza que le anubla los ojos.) ¡Ves!... ¡Ves!... ¡Qué infamias verás tú! (Llorando.) Insulta á tu madre... reniega de tu madre...

JUAN No, no insultaré, ni hablaré más.

CAR. (Con entereza ) Es mejor.

JUAN Es mejor; pero yo hubiese querido extraer la filosofía de este acontecimiento. Es curioso. Se sacrifica un hombre, reune un caudal, y una partezuela de ese caudal sirve, al cabo de los años, para que se nutra un verdugo. Si le hubieran dicho: «cada hora de labor ha de valerte una ofensa, un ultraje, una puñada que soportará tu vejez, inerme»; si le hubieran hecho esa predicción, ¿no estaríamos quizás en la miseria?

CAR. ¡No estaríamos en la miseria!

(Suena violentamente la campanilla. MARIA PEPA sale á abrir y entran en el patio por la izquierda ROSARILLO, ENRIQUE y ARCADIO. La criada sale por el jardín y los dos hermanos y María Pepa entran precipitadamente en el comedor.)

ARC. (A Juan.) ¿Te ha hecho algo? ¿Estás herido?

JUAN No, no estoy herido.

ENR. Como ese es tan bárbaro... ¿Golpes nada más?

JUAN No; ni golpes. La camisa rota. Nada.

ARC. ¿No estás lastimado? ¿De veras?

JUAN De veras. Tranquilízate. Voy á mudarme. Y... hemos de charlar, Arcadio. Después.

(Le da unas palmaditas en el hombro y sale por la izquierda, cruzándose con DON ALEJANDRO, que vuelve al comedor.)

M. PEPA (A su padre.) ¿Se ha acostado?

(Don Alejandro sin contestar, mustio y desencajado, siéntase en el sillón.)

ENR. (A María Pepa.) ¿Por qué ha sido? ¿Cosas de Juan?

M. PEPA Cosas de Angel.

ENR. (Llevándose el pulgar á la boca.) ¿La tiene?

M. PEPA La tendrá.

ALEJ. (Sin dirigirse á nadie.) Y ahora oiga usted á ese borrachín, á esa hiena...

ARC. Mal bicho es.

ALEJ. (Sarcástico.) Y respetuoso, y sin fuerzas, y prudente...

M. PEPA (Señalando al patio.) ¡Chits!...

(ANGEL entra en el patio por la puertecilla del jardín, atraviésalo con fanfarrona lentitud y sale por la izquierda. Al instante vuelve con un macetón de colocasias y lo deja junto al muro del jardín.)

ANGEL (Cantando.) «Alonenfán de la patria, tarán, tarán, pin, pin, pin, pan. (Sale por la izquierda.)

ALEJ. (Empavorecido.) Ya lo tenemos aquí.

CAR. (Con rabia.) ¡Maldito!... ¡Maldito!

ALEJ. (Groseramente.) Sin gritar, porque va á oirte.

ARC. ¡Y ya le conoces!

CAR. (Con desprecio.) ¿No os da vergüenza de ser tan prudentes?

ANGEL (Dentro á gritos.) ¡De profundis! ¡Kirrilison! (Imitando el doblar de una campana.) ¡Blam!... ¡Blam!... ¡Blam!...

ENR. (Por la borrachera.) Siete ú ocho cuartillos. De las enormes.

CAR. Pues con esos cuartillos en el cuerpo se ha de ir.

ALEJ. (Con pavor y con despecho.) ¡Sí, y que haya en casa una catástrofe!

ANGEL (Dentro, cantando.)

Yo conocí á un alcalde gordo,
con una boca como un buzón.
¡Din, don!

CAR. Pues ha de irse. No se encontrará con Juan. (A don Alejandro.) Y ya que es tu pariente...

ALEJ. (Resuelto.) Yo no me busco más líos ¡Así me lo pidieran de rodillas!

(ANGEL entra en el patio por la izquierda con otro macetón y lo coloca junto al primero.)

ANGEL (Cantando con música de la «Marsellesa».) «Cortanú de la bimbarimba. — Lestanda... di cuá... tintirin ..—Cortanú de la bimbarimba!— Lestanda...»

(Doña Carmen, agotada la paciencia, plántase frente al borracho, deteniéndole junto á la puerta del comedor.)

CAR. ¿Cómo le encuentro á usted todavía en mi casa, salvaje? ¿No tiene usted vergüenza?

ANGEL (Con frescura.) Pa dotar á un pueblo. (Intenta volver á la casa para seguir su faena y doña Carmen se lo impide.)

CAR. ¡No se sacan macetas!

ANGEL (Burlón.) Pos van á secarse las colocasias.

CAR. Pero usted no me seca á mí. Usted se pone en la calle ahora mismo. ¡Volando! ¡Como una saeta!

(Enrique se coloca junto á su madre.)

ALEJ. (A Arcadio.) ¿Ves qué imprudente?

ANGEL (Desdeñoso.) *Alonenfán...*

CAR. (Sacudiéndole con intrepidez.) ¡Quia!

ARC. (Asustado.) ¡Mamá!

ALEJ. (Desde la puerta del comedor.) ¡Carmen, criatura!

CAR. ¡Usted que ha de burlarse de mí, borrachon!

ANGEL (Amenazador.) Señora... ¡que la veo y no la veo!

CAR. ¿Va usted á comerme? ¡Usted no se come más que el pan que roba!

ANGEL Yo lo que soy es más honrao y más cabal...

CAR. (Empujándole.) ¡Adentro! ¡Menos palabras y á coger sus trapos!

ANGEL A mí, poquito arrempujarme. (Con grosería.) ¡Señores, con la señora!

ENR. (Descompuesto.) ¿Qué tiene la señora?

CAR. ¡Largo! (A Enrique.) Y tú, silencio. (A Angel.) ¡Largo de mi vista!

ANGEL ¡Ah! ¿La tomamos así, por la tremenda? Pues ya hablaremos.

ARC. Bastante se habló ya.

ANGEL (Le mira despreciativamente, le vuelve la espalda, y cantando, se va por el jardín. La voz se aleja gradualmente.)

Alonenfán de la patría
tarán, tarán, pin, pin, pin, pan.
Cortanú de la bimbarimba
lestándá di cuá tintirín.

(JUAN entra por la izquierda.)

JUAN ¿Qué era?

CAR. Nada. Ese que se marchó.

JUAN ¿Y esos gritos?

ENR. Mosto.

ARC. La borrachera.

CAR. (A don Alejandro.) ¿Le pagarás tú?

ALEJ. (Con viveza.) Ni lo imaginés. No quiero verle. Ya he dicho que no me busco líos. (Corrigiendo la agrura de sus palabras.) Cuando esté fresco, lo que mandes.

CAR. Si es igual. Dame tres duros. (Llamando.) Rosarillo...

(Entra la CRIADA en el comedor por la derecha.)

ROS. ¿Llamaba usté?

(ANGEL entra en el patio por la puertecilla del jardín.)

CAR. El dinero de Angel. Vas ahora...

ANGEL (Desde la puerta del comedor.) ¿Hay permiso? (Entrando.) Con el permiso de ustedes. (Se quita el sombrero.)

CAR. No hay permiso. ¿Va usté á jugar con nosotros?

ANGEL (Algo cortado.) Le diré á usté...

JUAN (Cogiendo el dinero de manos de doña Carmen y entregándoselo.) No, no se moleste. (Indicándole la puerta.) Ande.

ANGEL (Turbado.) Es que yo... tengo que decir...

JUAN Nada. Es inútil.

ANGEL Inútil, no es. Yo... sin ofender lo poclamo... comprendo que he ofendido. El hombre es el hombre, y el que tié boca... ya sabe usté

el reflán. De mó y manera, que si por custión de más ó de menos vino—que eso no viene al caso—falté yo, pos también lo poclamo.

CAR. Bueno, bueno. ¿Para qué gastar saliva en balde?

ANGEL (Animándose.) ¡Lo poclamo! A mí no me duelen prendas. Y voy, y salto ahora y digo que yo puse en el señorito Juan este manojo de deos por el aquel de la honra; pero sin satisfación, porque el señorito Juan es un hombre y un señorito de los que no cuajan por aquí. ¿Voy mal?

ENR. (Burlándose, muy serio.) Con mucha carga.

ANGEL Me duele lo hecho, y lo digo con toda la boca. Si el señorito no me habiera soltao un gofetón.. ¡pos Angel González no se mueve! Por estas cruces. (A Juan.) ¿Quié usté pegarme?

JUAN (Con disgusto.) Lo que quiero es que usted se vaya.

ANGEL Pégueme usté. ¡Si quiero que me pegue usté por haber maltratao á don Juan! Por más que yo pa él soy como el maestro de escuela, y los golpes del maestro de escuela no deshonran.

JUAN (Despreciativo.) Márchese, márchese á dormir.

ANGEL Ese ès otro cantá. Satisfaciones, toas las que se pidan, y con rebosaura, porque yo, aunque no esté bien que lo declare, soy un hombre educao. Pero irme... ¡irme, me voy porque se me antojao irme! ¿Más claridá? ¡Eso es lo que yo tenía que poclamar aquí! Y pué ser que á cierto endividuo... que no es usté, señorito Juan, ni usté, señorito Arcadio, ni usté, señorito Enrique, le tome Angel González medía de una jáquima.

JUAN (Severo.) ¿Desea usted provocar otro escándalo?

ANGEL (Con exaltación, encarándose con su primo.) ¡Porque cierto endividuo es el amo! ¡Y ese amo ha consentío que me echen!

CAR. ¡El amo en su casa, no en la mía!

JUAN Váyase. Usted ha bebido demasiado. Váyase, y sepa que aquí no hay más ama que mi madre.

ANGEL (Riéndose con desgarro.) ¡Ah, conque... su madre! Dese usté un coscorrón en la mollera, que está turbia. ¿Va usté á decirme á mí, ¡á mí! que no es el amo cierto endividuo? ¿No es el amo el que mantiene la casa y regala las fincas y suda los duros?

CAR. (Gritando, pero sin poder ocultar por completo su temor.) ¿Quién mantiene mi casa? ¿Quién me regala fincas ó dinero? (A don Alejandro.) ¿Pero tú oyes á ese vil?

ALEJ. (Con un pavor que le seca las fauces.) ¡Ya ves!

ANGEL ¡No lo negará! ¡Que se atreva a negarlo!

CAR. (Frenética.) ¡Si no sale usted, granuja!... ¡Rosario, vé al cuartel!

JUAN (Sombrío.) No, no. Espera. (A don Alejandro.) Habla. Desmiente á ese hombre. (Con frialdad.) ¿No es cierto que ha mentido?

ALEJ (Sacando fuerzas de flaqueza.) Y ¿para qué? Ciertas cosas, ¿hay que desmentirlas? Ya comprenderás que si este desdichado no fuera de mi familia, y si la familia no estableciese obligaciones sagradas... (Angel se ríe.) Mira cómo es. Mira qué contestación. ¡Después de la ofensa, la burla! Pues aunque seas un desagradecido y un loco, no agotarás mi paciencia. Yo me he propuesto que no acabes mal, y lo he de conseguir.

JUAN No, no; no es eso. Dí que ha mentido, que es un malvado, que es un calumniador.

ALEJ. (A Angel.) ¿Oyes, oyes lo que dicen? (Angel se ríe.) Por beber, por enviciarte, por...

JUAN (Con energía.) ¡Que no es eso lo que exijo de ti, Alejandro! (Sombrío.) ¿No me entiendes, ó no me quieres entender?

ALEJ. (Con habla desmayada.) ¡Si también vas á caer sobre mí!

CAR. (Con despecho.) ¿No ha declarado ya que miente?

ANGEL ¿Yo miento? ¿Con qué se pagó la huerta? Y ¿con qué dinero mercó la señora el olivar? ¿No fuí yo á Sevilla pa sacarlo del Banco? ¿Ha sido un sueño?

JUAN (Muy pálido.) ¿Escuchas, madre?

ANGEL Y el monte hipotecado, ¿quién lo libró?

JUAN (A su madre.) Nunca, nunca me habías dicho...

ALEJ. (Fingiendo energía, pero con una súplica en los ojos.) ¡Angel, mira lo que hablas!

ANGEL ¡Y mira tú lo que haces, cochino, que eres un cochino y dejas que me despidan!

ALEJ. Y ¿quién soy yo aquí, majadero?

ANGEL (Bárbaramente) Eso, que lo diga la señora. Acaso ¿no os vais á casar cuando se muera el tonto?

JUAN (En un grito de horror, de vergüenza y de cólera.) ¡Mentira! (Avanzando hacia el criado.) ¡Dí que es mentira!

ANGEL (Sin retroceder.) ¡No es mentira! (Doña Carmen se abraza á Juan; Arcadio y Enrique se aproximan al criado, y María Pepa, instintivamente, se coloca junto á su padre.) ¡Que lo niegue ese! (Por don Alejandro.)

JUAN ¡Alejandro! (El alcalde, dejándose dominar por el miedo, baja la vista irresoluto, y al oir otra llamada furiosa, retrocede como un culpable.) ¡Alejandro!...

ANGEL ¿Lo ve usté?

JUAN (Como si hubiera recibido un golpe en el cráneo.) ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío! (Retírase vacilante, se deja caer en una silla, y apoyando los codos en la mesa, oculta entre las manos el rostro.)

ARC. (A Angel, en voz baja.) Anda. ¡Ya estarás satisfecho!

ANGEL (Encogiéndose de hombros.) Por lo menos, debajo no quedé. (Atraviesa el patio y sale por la izquierda.)

M. PEPA (Llorando.) ¡Infame! (A Juan.) ¡No es verdad! (Abrazando á doña Carmen.) ¡No es verdad!

CAR. (Apoyando la cabeza en su hombro.) ¡Ay, María Pepa!

M. PEPA ¡No puede ser verdad! (Hay unos minutos de angustioso silencio. Don Alejandro se contiene para no sollozar y hace esfuerzos heróicos para impedir que corran sus lágrimas.)

ALEJ. (Con la voz insegura.) Es calumniar con una frescura, con un valor... (Juan se levanta, coge un vaso del aparador y bebe nerviosamente. Luego pasea, denotando en sus movimientos una gran perplegidad.)

JUAN (Parándose junto á Rosarillo, que fisgonea desde la puerta de la derecha.) ¿Qué haces tú ahí? (Rosarillo se marcha y Juan continúa paseando. Poco á poco una gran agitación va apoderándose de él. De

pronto se detiene frente á don Alejandro.) ¡El buen amigo, el protector de la familia, el hombre impecable... ¡Viejo, eres una carroña, un monte de hipocresía y de vileza! (Con sarcasmo.) ¡El seductor! Alísate las crines, friégate la grasa y triunfa. Enamora á la mujer de tu amigo, aprovéchate de la enfermedad del esposo, búrlate de él, ultrájale...

ALEJ. (Llorando convulsivamente.) ¡Por caridad, Juan!

JUAN ¿La has tenido tú?... ¡Y qué hazaña! ¡Deshonrar á una criatura que apenas vive, que ya no sabe ni lo que es honra, que no tiene inteligencia para ver, ni vigor para castigar, inofensiva como un recién nacido... ¡Eres un bravo!

ALEJ. (A María Pepa, que también llora.) ¡Ven, hija, ven!

JUAN No temas, no tiembles... (Despreciativo.) Estas manos no te han de tocar. No sabría luego con qué purificármelas.

ALEJ. Ven, hija.. (Salen del comedor don Alejandro y María Pepa y se marchan por el jardín.)

ENR (Besando á su madre.) ¿Estás mal? ¿Vienes conmigo á la sala?

CAR. Déjame. No estoy mal. Después.

JUAN (A Arcadio.) ¿Y tú, villanuelo? ¿Y tú, que lo sabías?

ARC. (Emocionado.) ¡No lo sabía!

JUAN ¿De qué podre es tu corazón?

ARC ¡No lo sabía! ¡Que Alejandro proyectara casarse, rodando el tiempo, sí. Lo otro, no. ¡Te lo juro!

JUAN (Sacudiéndole.) ¿Y no era bastante, ruín?

ARC (Con lágrimas en la voz.) Déjame, Juan.

JUAN (Sin soltarle.) ¡Necio, asno vanidoso!...

CAR. (Separando á los hermanos. Con resolución.) Déjalo. Vete, Arcadio. Y tú, Enrique. Quiero hablar con Juan.

ENR. (Mirando á Juan agresivamente.) Y ¿para qué has de hablar? ¿Qué tienes tú qué hablar?

CAR. Sal, Enrique. (Los hermanos salen del comedor y quédanse en el patio. Doña Carmen cierra la puerta.) Vamos á cuentas, hijo.

JUAN (Desdeñoso.) Di...

CAR. Siéntate. Y ten calma. Es preciso que oigas á tu madre. Yo creí que nunca tendría que revelarte esto que la desgracia...

JUAN (Violento golpeando la mesa.) ¡La desgracia! ¿Cuál es la desgracia? ¿Que hayamos sabido ó que hayas tú?... (Hace un gesto amenazador.)

CAR. (Incisivamente) ¿Me vas á pegar? Siéntate. Escucha sereno. Ahora me toca á mí. (Juan se deja caer en una silla y rompe á llorar convulsivamente.)

JUAN ¡Qué horror!.. ¡Qué vergüenza!

CAR. (Después de una pausa.) Calma, que has de oirme.

JUAN (Abatido.) ¿Para juzgarte? ¡Yo no te puedo juzgar!...

CAR. ¿Pues no me condenas?

JUAN (Vehemente.) Sí, aunque seas mi madre, aunque te deba la vida, te condeno. ¡Aunque te debiera mil vidas, en el fondo de mi alma te condenaría siempre! ¿Qué has hecho de nosotros?

CAR. (En una explosión de orgullo.) ¿Qué he hecho? ¡Os he salvado de la miseria, os he educado y os he querido con toda mi alma! (Con ira) ¿Y qué han hecho de mí?

JUAN (Sin escucharla.) ¡Ese imbécil, ese avaro sin entrañas, hipócrita, cobarde, ridículo!...

CAR. ¡Oyeme!

JUAN ¡Esa montaña de vulgaridad! ¡Ese feroz egoísta!

CAR. Atiende.

JUAN ¡Capaz de todas las vilezas y todas las villanías!

CAR. ¡Pero, escúchame, déjame hablar!

JUAN Y ante el engañado, indefenso como un niño... (Llorando.) ¡Viéndole agonizar!

CAR. ¡No, falso! (Cogiendo á Juan por los hombros.) ¡Pero si no me oyes, si no me atiendes!

JUAN ¿Cómo has podido vivir así? ¿Cómo eres?

CAR. ¡Como han querido que sea! (Con odio.) ¡Como él quiso que fuera! ¡El, ese miserable! (Con ironía.) ¡La víctima! (Se ríe.) ¡El, que me robó, que me afrentó, que me humilló... la víctima!

JUAN (Espantado.) ¡Calla!

CAR. (Con creciente furia.) ¡La víctima y fué un ladrón! ¡La víctima y fué un verdugo!

JUAN ¡Calla!

CAR. ¡Un verdugo!

JUAN ¡Calla!

CAR. ¡No callo! Tú no has tenido compasión y yo no he de tenerla. ¡Has de conocer al criminal!

JUAN ¡Es mi padre!

CAR. ¡Has de saber su vida y sus infamias!

JUAN ¡Es mi padre!

CAR. ¡Y huirás de él y le verás con odio!

JUAN ¡Es mi padre!

CAR. (Con fiereza.) ¡No es tu padre! Tu padre y tu madre soy yo. ¿Qué le debes? ¿El haberte engendrado?

JUAN (Irónico.) ¿Nada más?

CAR. (Con altivez.) ¡Nada más! Escúchame. Yo era una chiquilla. Me enamoré ciegamente. Los míos, mi madre y tío Antonio, se opusieron. «Es un tarambana, un borrachín, un vago.» «Es jugador, matón, mujeriego...» Sí, sí... ¡Yo estaba enamorada! Y le quería.... le quería hasta la locura, hasta llorar tontamente, porque sí, de cariño.

JUAN (Con impaciencia.) Y os casasteis.

CAR. Nos casamos. Pon unos meses de luna de miel. Disponiendo él, yo sumisa, achicada. Viajes, lujos... Un día nos escribieron. Habíamos gastado unos miles y el caudal no era grande. El dijo que sí era grande y pidió más y se insolentó con el tío.

JUAN ¡Aquel santo!

CAR. No me interrumpas. Seguimos triunfando. Una noche llegó un telegrama. ¡Tres palabritas únicamente! «Tu madre enferma». ¿Enferma? Y él se reía hasta llorar. «Juanito, por Dios!» «Es para que volvamos, infeliz. ¿No lo comprendes? ¡Los muy cucos, cicateros! Verás qué broma». Y á las tres palabras contestó con otras tres: «Que se cure». Y mi madre no se curó y no volví á verla más.

JUAN (Con desdeñosa ira.) ¡Ah! La mató él. ¡Le acusas de eso!

CAR. No. ¿Cómo he de acusarle de lo que solo es una indelicadeza? Eso no es nada. Lo gordo empezó después, aquí, al retornar. Y fué lo gordo que Juanito, sin aborrecerme, porque él no sabía ni aborrecer, me arrinconó

como á un trasto inútil. «Ahí á la dehesa á prepararse para dar criaturas al mundo». ¡El buen hombre!... Y como su señoría estaba libre de ese queoranto, pues venga diversión, y venga escandalizar, y venga hacer en todo su repotente gana, como si yo no existiera y como si tirase lo suyo. Aquí hubo mujerotas de lo más repugnante. ¡Aquí, en mi casa, en la casa donde yo había nacido! Aquí hubo jugadores que se llevaron el dinero de cosechas enteras. Aquí una indecente criada se puso mis ropas, y se dió aires de señorita y se burló de mí. Y hay más... ¡No, déjame seguir, que hay más!... Cuando vine loca de rabia y de amargura y quise rebelarme, me separó de mi familia, me encerró, me pegó muchas veces hasta que se le cansaban las manos.

JUAN ¡Ah! Pero tu venganza...

CAR. ¿Mi venganza? ¡Si no me he vengado! ¿Cuándo me he vengado? ¿Cómo me he vengado?... Primero ultrajes... brutalidades, golpes; después...

JUAN ¿Más todavía?

CAR. ¡Más todavía y peor todavía! El se jugaba los últimos duros en Madrid, ó aquí, metido en la taberna, bebía hasta caerse. Una noche quiso que le firmase un poder para desprenderse de las hazas que nos quedaban. «¡Ah, no, amigo!»—«¡Firma!»—«¡Auque me mates!»—«¡Firma!» Y se puso un revólver al pecho... ¡el infame!...y firmé. Entonces, ¡vuela, pájaro! ¡Que si voló! Días y días sin saber de él. «Estará derrochando los cuartos», pensaba. Y tiempo y más tiempo, hasta que lo supe. ¡Se había ido, me había abandonado con mis tres criaturas, dejándome en la miseria, sin pensar en vosotros, sin decirme siquiera adiós!

JUAN (Con espanto.) ¡Fué el viaje! ¡Ese fué el viaje!

CAR. (Con rabia.) ¡Dime qué merecía! ¡Sé justo!

JUAN (Después de una pausa.) No quiero juzgar. (Fríamente.) Su conducta no justifica tu conducta. ¿Hemos de obrar mal porque no obren bien los que nos rodean?

CAR. Es que yo tenía veintidós años.

JUAN Pudiste trabajar.

CAR. ¿Y vosotros?

JUAN Nosotros con el tío, ó en las calles, ó muertos.

CAR. ¡Oh, qué salida!

JUAN Hubiésemos trabajado también, y en vez de llegar á señoritos, habríamos llegado á jornaleros.

CAR. (Con ironía.) ¡Jornaleros!

JUAN Sí, hombres del campo, brutos sin educación... Más felices que ahora seríamos.

CAR. Es que, te lo vuelvo á decir, yo tenía veintidós años, y á esa edad no todas las mujeres tienen la suerte ó la desgracia de no enamorarse. Y yo me enamoré.

JUAN (Con un mohin de asco.) ¿De... *eso?*

CAR. ¡De *eso! Eso*, que es una criatura como nosotros, fué leal y caritativo y delicado y bueno.

JUAN (Con burla.) ¡El!

CAR. ¡El!

JUAN (Colérico.) ¡Y le defiendes! Abusa el canalla de tu miseria... ¡y le defiendes!

CAR. (Con viveza.) ¡No abusó! ¿Quien te ha dicho que abusó? ¿No he declarado que me enamoré? Es feo, zafio, torpe y me enamoré. Antes, quizás, por su fealdad y por su torpeza. ¡El otro era listo, guapo, fino!

JUAN (Severo.) ¡Basta ya! Bien le has castigado.

CAR. ¿Yo? ¿Por qué? Acaso mi obligación ¿era reventar? Porque un hombre se marchaba, abandonándome, ¿debía, además, morir?

JUAN No; pero..

CAR. Pero ¿qué? ¿Cuál ha sido el castigo?... Un día apareció el caballero destrozado por los vicios, repugnante, casi como le ves ahora, y se refugió en mi casa y no le despedí. Ampararlo ¿fué un castigo? ¿Le castigué entonces?

JUAN (Intencionadamente.) Entonces no.

CAR. ¿Qué quieres decir con ese tono?

JUAN (Con saña.) Lo que digo. Que entonces no le castigaste; pero después...

CAR. Continúa, acaba...

JUAN Después, sí.

CAR. ¡Cobarde! (Llorando.) ¿Qué piensas de mí?

JUAN Lo que debo pensar.

CAR. ¿Qué te figuras?

JUAN Lo que debo imaginarme.

CAR. ¡Eres malo, tienes mal corazón!

JUAN Y ¿por qué es malo mi corazón?... Mira, no hablemos más. Dejemos esto.

CAR. No hablemos más.

(Juan levántase y pasea agitado; Enrique llama á los cristales y doña Carmen se enjuga el rostro y abre la puerta. Entran en el comedor ENRIQUE con gesto pendenciero y ARCADIO, mustio y abatido.)

CAR. ¿No habeis salido?

ENR. ¿Yo salir? (Pasándole la mano por los cabellos) ¿Por qué has llorado tú, pobrecita?

ARC. (A Juan con solemnidad.) Yo creí en un proyecto bueno ó malo, ó tuerto ó ciego; pero que ocurra lo que ha dicho Angel... ¡Eso es una charranada! ¡Eso es un embuste!

ENR. Bueno. Yo no quiero saber nada. Me iré si empezais otra vez. (A Juan.) Y tú, guárdate los humos. Y con mamá, ¡ojo! No te vayas á creer que estamos en Inglaterra.

JUAN (Despreciativo.) ¡Bah! (Sale al patio y se marcha por la izquierda.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

El patio de la casa. En el centro, el laurel. A la derecha en primer término, una puerta de madera con un medio punto de cristales rojos. Al foro las cuatro puertas que comunican con el comedor. A la izquierda en segundo término, el brocal del pozo y en primer término la puertecilla del jardín. A lo largo de los muros hay arriates con rosales, geráneos y jazmines. Junto al laurel un velador con una botella de aguardiente y otra de agua, vasitos y copas. Bajo las ramas del laurel, algunas sillas. Entre la puerta grande y el comedor, á lo largo del muro, unos cuantos macetones de colocasias.

—

(ROSARIO está aljofifando y ARCADIO, sentado junto al velador, bebe aguardiente. Se oye un campaneo lejano.)

ROS. (Contando las tres campanadas con que termina el toque.) Una... dos... tres... (A gritos.) Señorita, el tercero.

ARC. No es sorda la señorita, mujer.

(Se bebe una copa y enciende un puro barato.)

PESC. (Dentro.) ¡El Pescaero! ¡Escuchá, mujeres!... ¡Acudí, mujeres! ¡Sardinas, caballas, almejas, pescaíllas frescas!

ROS. (Aproximándose al comedor.) ¿Oye usté, señorita?

CAR. (Dentro.) Ya sabes, dos kilos.

(Sale Rosario por la derecha después de coger un plato basto en el comedor. Entran por el foro DOÑA CARMEN y DON SEBASTIAN.)

CAR. (Como rematando una conversación.) ¿Convenido?

SEB. Convenido. Aunque la cosa es dura de pelar, hijita. María Pepa es delicada...

CAR. Pero le quiere.

SEB. Y tu hijo...

CAR. Ahí está la dificultad.

ARC. (Al cura.) ¿Un buche? (Le sirve una copa.)

SEB. Poquito.

(Entra ROSARIO con el plato lleno de pescado.)

CAR. (A Rosario.) Mal despachado. Y me parece que la pescadilla...

ROS. No. Fresca es.

CAR. Me voy á quedar sin misa. (A Rosarillo.) Tráete el devocionario. (Sale Rosarillo por el foro y vuelve en seguida con el devocionario y lo entrega á doña Carmen.)

ARC. (A don Sebastián.) ¿Otro latigazo?

SEB. No, que me huelen y tenemos belén.

(Entra ENRIQUE por la derecha. Como su hermano luce el traje dominguero. Se cubre con un hongo monumental y se apoya en una terrible chivata. Sin saludar sale por el foro.)

CAR. Vaya, hasta luego. (Sale por la derecha.)

PESC. (Dentro, bastante lejos.) ¡El pescaero! ¡Escuchá, mujeres!... ¡Acudí, mujeres! (Rosario se mete en el comedor canturreando.)

ARC. (Al cura.) Un chupito... ¡Adentro, valiente!

SEB. Caray, por no despreciar... (Bebe.)

ENR. (Dentro a Rosarillo.) ¿Vas á fastidiarme con el aljofifao? (Entra por el fondo.) ¡Pues el horno está para que metan bollitos! (Se sirve aguardiente en una copa de agua y bebe hasta abrasarse.) ¡Maldita sea! (Tosiendo.) ¡Así reventaras, Enrique! (Encarándose con su hermano y don Sebastián.) Aquí ha entrado la anarquía, señores. Aquí se acabaron los respetos y la tranquilidad... ¡y toma, morena, y catapúm chinchín! (Tira el garrote sobre el velador y se sienta.)

SEB. (Dándole cariñosas palmaditas.) ¿Qué te sucede, muchacho?

ENR. ¡Pchs!... Cosas.

ARC. (Fijándose en que tiene polvo en la cazadora y sacudiéndosela.) ¿Te has caído?

ENR. ¿No puedo yo caerme? ¡Sí, me he caído! Y si se me antoja me caigo otra vez.

ARC. ¿Sabes qué llevas dos diítas de ole con ole? ¡Cualquiera te aguanta!

(JUAN entra por la derecha.)

ENR. ¡Ni yo necesito que me aguanten! ¡Ni te doy á ti vela en mis entierros!

ARC. ¡Ni la pido yo!

JUAN ¿Qué? ¿Se riñe?

SEB. Así siempre. Como perros y gatos. Da grima. (ENRIQUE se encasqueta el sombrero, coge el garrote y se va al comedor.)

SEB. (A Juan) ¿No oyes misa?

JUAN Si puedo.. Pero he de ver antes...

SEB. Ya, ya. Comprendido.

(Vuelve ENRIQUE comiéndose un polvorón, despídese con un gesto y se marcha por la derecha.)

ARC. Yo oí la del alba. Soy parroquiano de usted, don Sebastián.

SEB. Pues acompáñame ahora. Fumaremos un cigarrillo en la sacristía y nos vendremos juntos á almorzar.

ARC. Andando. (A Juan gravemente.) En la mesa del comedor tienes polvorones. Creo que te lo debo decir.

JUAN (Imitando su gravedad.) Eres muy amable. Gracias. Hasta luego, don Sebastián. (Salen por la derecha Arcadio y don Sebastián. Juan aproxímase á la puerta del jardín, da unos golpecitos y entra MARÍA PEPA.) Aquí me tienes.

M. PEPA Dispensarás que te haya llamado y que venga á tu casa.

JUAN (Reconviniéndola.) ¡María Pepa!

M. PEPA Pero como tú no hubieses pasado de esa puerta, y como después de lo ocurrido hemos de reñir...

JUAN Entre nosotros nada ocurrió. Hablemos en paz, amistosamente.

M. PEPA Para lo que he de decirte... Ya te lo habrás figurado. No hemos sido novios como son los novios; no tengo promesas tuyas... Nada en absoluto. Pero, en fin, nos íbamos á casar; creo que nos íbamos á casar...

JUAN Cierto.

M. PEPA Y como ya nuestras relaciones son imposibles.. Te devuelvo la palabra. Es mi deber.

JUAN ¡El deber! Cada cual lo entiende á su ma-

nera. ¿Siempre ha de consistir en sacrificarse?

M. PEPA En este caso...

JUAN En ninguno. En este caso no es el deber lo que te aparta de mí; es algo más concreto y más fuerte: la falta de cariño, la desilusión.

M. PEPA (Con energía.) ¡Y el deber, y el decoro, y la religiosidad!

JUAN No, no, María Pepa; falta de cariño. Y en el fondo, tal vez nuestra desigualdad. Somos de barro diferente. Es posible que no nos hubiésemos entendido.

M. PEPA (Con amargura.) Sí, ya me dijiste que yo no tenía alas... ¡Y junto á un portento como tú!...

JUAN No es eso. No sé cómo expresarme para no herir tu delicadeza.

M. PEPA No la has herido. Tienes razón: somos de diferente barro.

JUAN Y yo no te merezco.

M. PEPA ¿Burlas también?

(Entra DON SEBASTIÁN por la derecha y avanza hasta el centro de la escena.)

JUAN María Pepa, seamos amigos; no me abrumes. Riñamos sin reñir, manteniendo viva nuestra hermandad.

SEB. ¿Estorbo?

JUAN ¡Por Dios, don Sebastián!

SEB. ¿Te marchas, hija?

M. PEPA Ya lo ve usted. (A Juan.) Adiós.

JUAN ¿La mano?

M. PEPA (Después de un momento de vacilación.) La mano. Adiós, hombre. (Se va por el jardín conteniendo las lágrimas.)

SEB. Malo, malo, malo. ¡Malísimo!

JUAN Pero lógico. ¿Le sorprende quizás?

SEB. Me disgusta. Señor, ¿por qué han de caer sobre los hijos los pecados de los padres? Esa criatura está loca por ti; desde la infancia te quiere. Y cuando llegaba la dicha para la infeliz...

JUAN ¿Ahora la dicha?

SEB Todo pasa, hijo mío; todo se borra...

JUAN Todo, no. Y no se moleste usted, don Sebastián. Quería usted conseguir una cosa imposible.

SEB. ¿Yo?

JUAN Venía usted, por encargo de mi madre, para convencerme, para que mi voluntad se deslizara por el mismo carril. Pues no pierda tiempo y ahórrese el sermón. Todo lo que se relacione con Alejandro es odioso para mí.

SEB. Ya, ya se lo he advertido. No creas que yo soy tonto.

JUAN Ni tonto ni egoísta. Es usted un hombre recto y un hombre bueno. Y en vez de pelear por mi madre, va usted á pelear por mí, por mi causa.

SEB. (Alarmado.) ¡Jinojo, peleas no!

JUAN ¿Ni por defender á unas criaturas que se hunden? Se trata de ellos, don Sebastián. Para mí no hay peligro; pero yo tampoco soy egoísta, y no me contento con salvarme: á los míos también los he de salvar. He dado con la única idea que puede resolver esta situación. (Con entusiasmo.) Trabajar todos juntos, fuera de aquí, fuera de este pantano que nos asfixiaría. El inventor ganará sus garbanzos dedicándose á otras labores menos fantásticas. Enrique ayudará como pueda ó como sepa. Yo no descansaré un momento.

SEB. (Con desconfianza.) ¡Ay, Juan, Juanito!

JUAN ¿No confía usted en mí?

SEB. No confío en ellos. Enrique es un desequilibrado; el otro es un hombre sin voluntad, incapaz de querer nada con energía...

JUAN ¡No importa!

SEB. Tu madre, muy buena—por lo menos, mala no es—y con alguna resolución, quizas se asustaría del proyecto.

JUAN ¡No importa! Si se ablandan ellos me endureceré yo. ¡Y yo sólo he de trabajar si es preciso!

SEB. ¿Y si te aconsejase que desistieras?...

JUAN ¿Pienso mal?

SEB. No piensas mal. Y sin embargo...

JUAN ¡Pues adelante!

(ROSARILLO entra por el foro. Se ha engalanado con un traje de lana roja y un delantal blanco. Por la derecha entran DOÑA CARMEN, ENRIQUE y ARCADIO.)

ROS. Señorita, las del boticario que ya van á

aviarse pa venir. ¡Ah! Y que traerán una «solpresa.»

(Arcadio y Enrique caen sobre el aguardiente.)

CAR Y Felisa la Pulga, ¿vino?

ROS. Guisando se la hallará usted.

CAR. (A los bebedores.) ¿Todavía más? ¿No tenéis artura? (A Rosarillo) Esas botellas, al aparador.

(Coloca Rosarillo en una bandeja los vasos, las botellas y las copas y se marcha por el foro.)

ENR. No comprendo por qué razón nos hemos de quedar á secas. ¿Es un capricho?

CAR Lo que gustes.

ENR. ¡Oh! Muy fina. Un coral. A los pies de usted. (A Arcadio.) ¿Vienes al casino? Allí está Pepe el recobero. Le puse por las nubes tu jaula y quiere verla.

ARC. ¡Ah! ¿Y le explicaste? (Muy alegre.) Vamos.

JUAN (Deteniéndole.) No; tenemos que hablar. (A Enrique.) Hemos de hablar todos.

ARC. Pero...

JUAN Dispensa, luego irás.

CAR (Con acritud.) ¿Y por qué luego?

JUAN Es increíble que le preocupe una tontada.

CAR. A cada uno le preocupan sus tonterías. Y no sigas envenenándonos la vida. Guárdate tus discursos. No consiento en mi casa una guerra civil.

JUAN ¿Soy yo el culpable de esa guerra?

CAR De nada. Ya lo sabemos. ¡Tú eres un santo! (A don Sebastián.) Póngale usted en un altar y que le recen.

JUAN No, no. Sé razonable.

CAR ¿Qué les vas á decir? ¿No has dicho ya bastante? ¿Qué más van á saber mis hijos?

JUAN Después de lo de ayer, ¿les queda algo que saber? ¿No oyeron? ¿Son de piedra?

CAR. Habrán olvidado. ¡Soy su madre!

JUAN También eres mi madre, y por eso precisamente no olvido, y por eso hablaré. ¡Por tí, por ellos, por todos!

CAR ¡Palabrería! ¡No tienes caridad! En tí sólo hay orgullo y dureza.

SEB. (Conciliador.) Carmen, Carmen...

CAR. (Conteniendo el llanto.) No es bueno, don Sebastián.

JUAN ¿Porque no olvido? Y ¿por qué no negaste

tú? ¡Tú debiste negar, negar siempre! ¡Tú debiste pedirnos que matásemos á aquel miserable, diciendo que te calumniaba!

CAR. (Con tristeza.) Negar... Y porque yo negara...

JUAN Te hubiese creído... ó habría dudado.

CAR Eres egoísta. No sientes el mal por el mal mismo, sino por la pena que te produce.

JUAN Por todo. ¿No hemos de padecer cuando se nos hiere en las mismas entrañas? Para todas las criaturas los padres son sagrados. En la infancia nos parecieron gigantes protectores; después, espíritus perfectos, sin debilidades ni pasiones, fuera de la ley humana. ¿Cómo dudar de ellos? ¿Cómo juzgarlos, si el cariño nació sin ojos?

CAR. El cariño verdadero es el que ve y disculpa. ¡Los padres!... ¿Quién adivina cómo fueron? Caerían, se levantarían, volverían á caer. Seres imperfectos como todos los seres, hijo mío. Pero su bondad fué inalterable para nosotros, y ese es el título que los hace sagrados.

D. JUAN (Dentro. Borrosamente.) ¡Jandro!

(ROSARILLO entra por el foro.)

ROS. Señorita, que está emperrao.

CAR. ¿Se levantó? ¿Le ayudaste á tu padre?

ROS. Si por levantarse no es.

D. JUAN (Dentro.) ¡Jandro!... ¡Jandro!...

ROS. Y no deja de llamarle. Como se ha acostumbrao á que lo despierte tos los días...

CAR. Que le distraigan. Dile á tu padre que se lo lleve. Un paseo corto.

ROS. Por él no ha de quedar. (Sale por el foro.)

D. JUAN (Dentro.) ¡Jandro!... ¡Jandro!...

SEB. (A Juan.) Ahí tienes lo que son las cosas. Más que nadie ha de sufrir él.

(Hay unos instantes de silencio. Se oye cada vez más lejano el gruñido de don Juan.)

CAR (A Juan.) Bueno. Te escuchamos.

JUAN (Resuelto.) Sí, sí; escuchadme. Este asunto hay que resolverlo de una vez. He consultado con don Sebastián... y don Sebastián no rechaza mis ideas. Estoy convencido, Arcadio, de que tú habrás pensado como yo.

ARC (A quien el proemio intranquiliza.) Según. No sé de lo que se trata.

JUAN ¿De qué ha de tratarse? ¡De nuestra dignidad, de nuestro decoro! (A Enrique viendo que intenta escaparse por la puerta del comedor.) ¿Te marchas? ¿No te importa lo que digo?

(Enrique, exhalando un profundísimo suspiro, retrocede y se sienta junto al velador.)

ENR (Por lo bajo.) Otra vez la dignidad. ¡Más dignidad y más decoro!

JUAN ¿Qué decías?

ENR. Era para mí.

JUAN (Después de una pausa.) No os puedo ofender suponiendo que penséis de distinto modo que yo. Tenemos la misma sangre. A pesar de nuestros defectos y de nuestras flaquezas, no somos del todo malos.

ENR (Por lo bajo.) ¡Tú... tururú!

JUAN Desde luego estaremos conformes.

ARC (Cada vez más intranquilo.) Según, según.

JUAN No. ¡Seguramente!

ARC ¡Explícate!

JUAN En dos palabras, para no repetir cosas desagradables. Aquí no hay nada nuestro.

CAR. (Con adustez.) ¿A dónde vas á parar?

JUAN Aguarda, madre. Aquí nada nos pertenece. Vivimos como parásitos, de un modo que avergüenza.

ENR. (Levantándose, en voz alta y pretendiendo disfrazar de tedio su ira.) ¡Tú.. tururú!

JUAN ¡De un modo que avergüenza, Enrique! Ayer fué Angel quien nos humilló con esa triste verdad; mañana podrá humillarnos todo el pueblo.

ENR ¿Quién lo sabe?

JUAN ¿Quién lo sabe?... Quien no lo sabe pregunta mejor. Y aunque nadie lo supiera, ¿qué? ¿No lo sabemos nosotros? ¡Pues basta!

ENR Juan, Juan... ¡No quiero contestarte! Hoy hace cuatro días de tu llegada, y en esos cuatro días se ha llorado, se ha gritado y se ha padecido aquí más que en diez años. ¿Que es una casualidad, una desgracia y que patatín patatán? ¡Te veo venir! ¡Y ahora, destápate!

JUAN No me ves venir, desgraciado. Si adivinaras lo que voy á ofreceros, no me tratarías como á un enemigo.

ENR (Con burla.) Y ¿qué nos ofrece el señor?

JUAN ¡Una vida mejor que esta, más digna, más honrosa! (A doña Carmen) ¿No te gustaría huir de dónde has padecido, rodearte de otras gentes, curar tu espíritu?

CAR. Mi espíritu... ¡Yo estoy sana de espíritu, Juan! ¿De qué he de curarme?

JUAN (Apenado.) ¡Madre, madre, entiéndeme!

CAR (Confusa.) Es decir, si te referías...

JUAN A todo.

CAR Porque yo, ciertamente... No es que me haga gracia eso de salir de mi rincón... Pero, por tí, por darte gusto...

JUAN (Alegre.) ¿Me seguirías?

CAR Sí.

JUAN ¿Ve usted, ve usted, don Sebastián, cómo ella no se acobarda? (Acariciándola enternecido.) Madre, no puedes figurarte el peso que me has quitado del corazón. No puedes figurártelo. Yo temí que tú, como Enrique... ¡Y hubiera sido espantoso, espantoso, espantoso! Para correr desalado, diciéndose uno á sí mismo: ¡no tienes familia, niega tu sangre, maldice tu sangre!...

CAR. (Sorprendida.) ¿Por eso, porque no fuera contigo? ..

JUAN Por eso. Pero vendrás conmigo y voy á rodearte de tanta alegría, y vas á gozar de tanto sosiego, que antes de seis meses recordarás esta casa como si fuera una cosa de pesadilla.

CAR. ¿Seis meses? ¿Seis meses, Juan? Pronto haré falta aquí.

JUAN (Estupefacto.) ¿Tú? Pero, entonces...

CAR. ¿Quién va á cuidar las fincas?

JUAN Su dueño.

CAR ¿Su dueño?

JUAN Acaso, ¿nos íbamos á marchar sin devolverle lo suyo? Tú ya no posees más que tres fincas: tus hijos. Las demás son de ese. (Señalando hacia el jardín.) Que las cuide y que le produzcan y que siga enriqueciéndose.

ENR. ¡Tú... tururú!... ¡Tu... tururú!...

(Enrique se pasea á trancos. Su madre, comprendiendo el alcance de la proposición de Juan, quédase alicaída. El silencio está preñado de amenazas.)

ARC. (Con timidez.) Lo que es por trazar planes...

CAR. (Como si rematara un soliloquio mental.) Más de un mes fuera... No hay mucha aceituna, pero con el molino funcionando...

JUAN (Impaciente.) El molino de ese hombre. ¡No es tuyo! (Después de una pausa.) Ea, no te acobardes; no pienses en lo que vas á dejar. Al fin y al cabo no es un reino. Unas cuantas fanegas de tierra...

ARC. Unos miles.

JUAN (Desdeñando la interrupción.) Antes de lo que te figuras serás mucho más rica. En la casa de Londres me quieren. Ya me han propuesto más de una vez colocaciones soberbias. Podré negociar, tendré un gran sueldo...

ENR. (Burlón.) ¡Mil libras esterlinas por hora!

JUAN (Con altivez.) ¡Aunque estuviéramos en la miseria, viviríamos mejor que aquí! Por lo menos, no habíamos de hundirnos en un lamedal. (Conciliador.) Pero ven acá, hermano. ¿Es posible que no seas siquiera ambicioso?

ENR. (Con acritud.) No lo soy.

JUAN ¿Es posible que no te aburras en esta cárcel?

ENR. No me aburro.

JUAN Y ¿no te gustaría ver países nuevos, estudiar negocios, arriesgarte en especulaciones?

ENR. (Testarudo.) ¡No me gustaría! (Con malignidad.) Tú piensas: «A este bobo le voy á convencer. A este me lo meto yo en un bolsillo.» Pues... no me convences.

JUAN ¡Ah! ¡Si no quieres dejarte convencer!

ENR. No quiero.

JUAN Y si yo te dijera...

ENR. ¡Me digas lo que me digas, no quiero!

JUAN Si yo te dijera que recobrarías tu salud, que serías mi colaborador, que podrías estar al frente de unos centenares de hombres...

ENR. ¿Para qué?

JUAN O dedicarte á una industria cualquiera...

ENR. ¡A una industria!

JUAN O conseguir un destino...

ENR. ¡Un destino! Escribiente yo. O industrial. Un buen zapatero que te hiciera las botas. (Descomponiéndose.) ¡Yo no admito destinos, ni

pido protección, ni me rebajo! ¡Yo soy tan caballero como tú y como Roldán!

JUAN ¿Qué es eso de rebajarse? ¿A qué le llamas rebajarse, desdichado?

ENR. (Con bárbara tozudez.) ¡Zapatero, tú! ¡Oficinista, tú! ¡Vete tú con tus cientos de hombres! (Con ironía.) Que nos plantemos en Inglaterra, devolviendo nuestro caudal, más pobres que las ratas... (Se ríe.) ¿Y tú eres el sabio? ¿Y tú tienes sentido común? ¡Devolver! ¿Con qué derecho nos lo exiges?

JUAN (Amenazador.) ¡Enrique!...

ENR. (Enérgico.) Yo vivo en una casa que es mía y como de unos campos que son míos. ¡Míos! Desde las chumberas de las lindes hasta las hormigas de los olivos, todo me pertenece. Si pasa un gorrión por el aire de mis fincas y lo quiero matar, lo mato. ¡En ellas soy como un Dios! Y ¿las voy á devolver?

JUAN (Colérico.) Harás lo que acordemos. ¡Por buenas ó por malas!

CAR. ¡Eso no, Juan!

ENR. ¡Si siempre ha querido fastidiarme! Desde que éramos niños. El había de mandar, él había de dominarme porque sí. (A Juan.) Siempre te has burlado de mi cojera. ¡Niégalo!

JUAN (Entre compasivo y desdeñoso.) ¿Hace falta que lo niegue?

ENR. ¡Siempre nos has despreciado!

JUAN ¿Despreciaros yo? Pero, ¿qué inventas?

ARC. No: en eso no inventa. Tú nos has despreciado y nos has rebajado. A lo suave, á lo suave sacabas á relucir tus estudios delante de extraños, decías alguna palabrita en inglés...

JUAN Arcadio, no es serio lo que dices.

ARC. ¡Pero es verdad!

ENR. Y ahora en vez de dejarnos tranquilos, salir con esas monsergas de viajes...

JUAN ¡Ah! Tú ¿vives tranquilo? Así, ¿vives tranquilo?

ENR. Como un prior.

JUAN Contéstame con nobleza, Enrique. Confía en mí y mírame como me debes mirar. ¿Es el trabajo lo que te inspira miedo?... ¿Sí?...

Contéstame. (Pausa.) ¿Es el trabajo? (Enrique hace un gesto desdeñoso.) Porque yo estoy dispuesto á trabajar por ti, á indemnizarte. Entérate bien. ¿Qué valdrán las finquillas que heredes el dia de mañana? ¿Diez, quince mil duros?... Yo te daré doble á medida que vaya ganando.

ENR. Y ¿quién me asegura que has de ganar el dinero á espuertas? Y ¿quién te ha contado que vendo yo mis derechos?

ARC. (Con un tonillo pedante.) Además... que aunque no somos ingenieros, bestias de labor tampoco somos. Y no nos engañas. ¿Por qué hemos de tirar unos cuartos que tú no tiras?

JUAN ¿Cómo es eso?

ARC. (Con bellaca malignidad.) ¿Y tu carrera? ¿Y los miles de duros que se ha tragado tu carrera? Cuando los pagues y, por añadidura, la olvides, discutiremos.

JUAN (Rojo de indignación.) ¡Eres un miserable!

ENR. ¿Por que no te da la razón? ¿Y tu carrera? ¡Cómo no habló el señorito de la carrera! Pero no somos burros, compadre.

JUAN (Con ira y dolor.) ¿Y lo tirado por vosotros en la ociosidad? ¡Gentuza, gentuza! ¡Sois unos viles! ¡Me avergüenzo de ser vuestro hermano!

ARC. Pero de abusar disponiendo de lo que nos pertenece, no.

ENR. ¡El que no nos despreciaba!

JUAN ¡Ahora, sí! Y con vuestro consentimiento ó sin él, cumpliremos con nuestra obligación y saldremos de aquí. ¡Se acabó mi paciencia! Tú ordenarás, madre.

CAR. (Con indecisión.) Esas fincas eran nuestras...

JUAN Sí; pero las jugó y las perdió mi padre.

CAR. Las compraron por cuatro cuartos... Fué un un robo. Por la *Rosalía* treinta mil pesetas... y vale noventa mil... ¡Hay que ponerse en todo!

JUAN ¿Vacilas?

CAR. (Con perplejidad.) Disponer de lo de estas criaturas... También son mis hijos, Juan. Más desgraciados que tú. En ellos nada gasté, con el pensamiento de que, á mi muerte, heredaran lo preciso. Y yo... tengo confianza en ti, pero...

UAN A ver. Prosigue.

CAR. Que nadie cuenta con la vida, ni está libre de una desgracia. ¿Y si se torciera tu suerte? Ea, replica. ¿Es eso imposible? ¡O una enfermedad, señor!... Mil cosas.

JUAN (Con impaciencia.) ¡Entonces reventaríamos todos, pero como personas decentes!

CAR. (Decidida) Mira, Juan, estas cosas, así, de pronto...

JUAN Pero, ¿no habías resuelto seguirme?

CAR. No te entendí... Un viajecillo corto, para volver, bueno. Marcharse, como deseas, no. Hay que pensar despacio.

JUAN ¡Ah, tú también! ¡No quieres!

CAR. (Rehuyendo la negativa.) No estoy decidida Pensaré. No eres mi hijo único.

JUAN (Con indignación.) ¡No se piensa! ¡En cuestiones de esta índole, no hay que pensar! ¡Todo está pensado y resuelto!

ENR. Y por eso yo resuelvo no tentar á Dios con orgullos. ¡Vivir! ¡Vivir en paz y vivir bien!

JUAN (Cogiéndole por el brazo y zamarreándole.) ¡Si no callas, maldito cojo!...

CAR. (Amenazadora.) ¡Qué! ¿Le vas á tocar? ¡Suelta! (Juan suelta á Enrique, el cual se aparta precipitadamente.) Ya podías tener consideración. ¡No es un hombre fuerte como tú!

ENR. ¡Si siempre se burló de mi cojera! (Medio llorando.) ¡Bruto! ¡Criminal!

CAR. ¡Como vuelvas á tocarle!... (Pausa) Y quede terminado el asunto. Yo veré lo que me conviene. Es decir, ya lo he visto. ¡No salgo, no me muevo de mi casa! Traes muchos romanticismos en la cabeza. ¡Y á tu madre la has de respetar!

SEB. Vamos, vamos, calma. Tampoco hay que sulfurarse.

CAR. ¿Que no, y nos ha hundido en un infierno? (A Juan.) No transijo más. ¡Si eres cabezón yo lo seré más que tú! ¡Y si gritas, yo gritaré más alto! ¡Y que Dios te libre de ofenderme!

JUAN (Con frialdad.) No, no, descuida.

CAR. Después de haberme oído, no debiste fraguar quijotadas.

JUAN Sí, cierto. Me engañé. Perdona.

(Entra ROSARILLO por la derecha; trae una enorme fuente de natillas.)

CAR. (Al ver á la criada.) Y chitón.

ROS. Esto de parte de las señoritas Jacinta y Encarnación, y que ya vienen.

CAR. Al aparador. Y en seguida á poner la mesa. ¡Menéate! (Sale Rosarillo por el foro.) Tú, Enrique, avísale á María Pepa.

ENR. No quiere venir.

CAR. ¡Pues no ha de venir! ¿Qué necesidad hay de darle un cuarto al pregonero? Bonitos nos pondrían si faltara

ARC. Como su padre está malo...

CAR. No es enfermedad para que se siente á su cabecera. (A Enrique.) ¡Listo! Dices que lo mando yo. (Sale Enrique por la puertecilla del jardín.) Y tú, Arcadio, ayúdame. Aunque nos sepa el almuerzo á rejalgar, almorzaremos (Salen doña Carmen y Arcadio por el foro.)

SEB. Caray, tengo las piernas dormidas. Ayúdame. (Se levanta apoyándose en Juan.) Si no te molestara... yo te aconsejaría, Juanito...

JUAN Ya he adoptado una resolución; pero aconséjeme usted.

SEB. ¿Te marchas? (Juan afirma.) Pues entonces me ahorro el consejo. Debes irte. Ya no eres como los de aquí. No, no te pareces á ellos. Otras ideas, otro modo de ver. . Eres altivo pero no los condenes. Sus pecados son el miedo y la desconfianza. Le temen á la pobreza y desconfían de ti. Y se resisten á cruzar los mares.. ¡Señor, se han arraigado de tal modo en este suelo!... Sí, debes marcharte. A tu camino, y deja á los demás.

JUAN Los dejo, señor cura, los dejo.

SEB. Ya ves, tu padre no puede vivir sin don Alejandro. Que es piadoso con él, y le mima, y aguanta sus impertinencias de enfermo. Ese cariño será horripilante, sin duda, pero... es así ¡jinojo! Dios lo ha dispuesto y viene a ser una expiación.

JUAN (Con amargura.) Sí... ¿Quién sabe? (Mirando el reloj.) Menos cuarto. Dispongo de unos minutos. ¿No pasa el correo después de las nueve?

SEB. Pero, ¿no almuerzas?

JUAN No. Se me cae encima la casa; no respiro

bien: no conozco aquí á nadie. ¡Soy un forastero!... A huir pronto. (Llamando.) ¡Rosarillo!... ¡Rosario! (Entra la CRIADA por el foro.) Llégate á la posada y que venga Joaquín.

ROS. ¡Ay! pero ¿se va usté, señorito?

JUAN Eso parece.

ROS Digo, ahora que van llegar las de la botica.

(Sale Rosarillo por la derecha; suenan dentro carcajadas y voces femeninas.)

CAR. (Dentro.) Adelante, niñas. Y muchas gracias por el regalo. (Sale Juan por el foro.)

ENC. (Dentro.) ¡Por Dios!

ARC. (Dentro.) ¡Adelante!

CAR. (Dentro.) ¡No, al comedor, no! La mesa no se ve hasta luego. A la sala estrado.

JAC. (Dentro.) Ay, sí. A cantar y á bailar.

ARC. (Dentro.) Os daré unas copitas. (Entra doña Carmén por la derecha.)

CAR. ¿Y usted?

SEB. Yo espero aquí.

CAR. ¿Y Juan?

SEB. Se marcha ahora mismo.

(Suena el piano y Jacinta empieza á cantar, entona la canción de Tosti. Canta hasta que cae el telón.)

JAC. (Dentro á toda voz.)

«Vorrei morir nella stagion dell' anno
quando é tiépida l'aria é il ciel sereno
quando le rondinelle il nido fánno,
cuando di nuovi fior s'orna il terreno
Vorrei morir quando tramonta il sole...»

CAR. ¡Ahora!

SEB. Sí, ahora. Y déjale ir.

(Juan entra por el foro y atraviesa el patio con lentitud. Doña Carmen, al verle, se cubre el rostro con el pañuelo y rompe en sollozos. Juan detiénese un segundo, como si vacilara; pero recobra su energía, se pone el sombrero y sale con decisión por la derecha.)

FIN DEL DRAMA

## Obras de J. López Pinillos

### TEATRO

**El vencedor de sí mismo.** (Drama.)
**Hacia la dicha.** (Comedia.)
**El burro de carga.** (Comedia.)
**La casta.** (Comedia.)
**El pantano.** (Drama.)

### NOVELA

**La sangre de Cristo.**
**Frente al mar.**
**El ladronzuelo.**
**Doña Mesalina.**
**Las águilas.**
**El chiquito de los quiebros.**

### EN PRENSA

**El placer de los dioses.**

### EN PREPARACION

**El luchador.**

Precio: DOS pesetas